

v. 71, 75, 77 y 81 En Abr., err.: *agrava* (agravia); "o *son*" (o con); "de cana espuma", (que cana espuma); y "en dulces si *prolija*" (en dulces sí, porfia).

v. 77 Cfr. *Góng*, "Polif", oct. 26: "dos verdes mirtos que, de espuma canos, / dos verdes cisnes son de la corriente"...

v. 81 Sor J. escribió "estrepitu" (como "ímpetu" y "espíritu", que sí conservan esa terminación del ablativo de su declinación latina); y cfr. en la "Silva" de *Juan de Guevara*, de este mismo Trofeo: "el *ambitu*"...

v. 93-95 En Ramz. Cab., err.: *almas* (por "armas"), y "que aunque el pecho (por "que aun el pecho").

v. 96 Sor J., aquí y siempre: "y inquieto"...; donde substituímos la actual y más eufónica "e".

v. 98 En Toussaint, err.: *Galicia* (por "Gállica").

v. 99-103 *torros*: giros diurnos del sol... *Abréu* (P. S., 292) describe bien esta charada: "4 días de Julio, más 19 (antes de *torros* 20) dan 23, que es la fecha en que el Sol entra en el signo de León"...; y cita a *López*, Egl. a Claudio:

A Apolo vió pasando siete veces
del Aries a los Peces....

—Sor J. asoció el mismo mes y signo en el núm. 32, v. 3 y 7-8, y *D. Alonso Ramirez de Vargas* ("Venida de... N. Sra. de los Remedios", Méj. 1688: *Poets. Novs.* III, 89-90 y 102):

Tres Orientes repetir
quiso el Sol, viendo al León
a sus ardores rugir;
(aquisto quiere decir:
Tres de Julio, en conclusión)....

v. 107 En Ramz. Cab., err.: *ignora* (por "ignara").

v. 110 *los verdes desdenes de Dafne*...: sinécdoque, de la causa al efecto: "los verdes ramos del laurel, en que se transformó Dafne por sus desdenes, al ir huyendo de Apolo"... (*Ovid.*, *Metam.*, I, 548-67), y cfr. *Jacinto Polo*, Madrigal del Laurel, en "Acads. del Jardín", IV: "Verde esquivéz de Apolo"....

v. 119 La *Armada de Barlovento*, llamada así por el rumbo conñado a su protección en el Golfo de Méjico y el Caribe...—Sólo Miss *Elizabeth Wallace* pudo descubrir que era "la famosa Armada del Almirante Barlovento"... ("Sor J.", Méj., Xóchitl, 1944, p. 60: banco riquísimo en perlas como ésta).

v. 121 En Abr., err.: "de los que *insufrible*"..., (por "de los que *el insufrible*"....)

v. 122 Esta *Deidad alada* que recorre y unifica el Orbe con sus plumas y *tréves*, huelga decir que es *la Fama* (cfr., vgr., *Virgilio*, *Enéida*, IV, v. 173-195); no la Victoria, o sea "Niké, hija de Palas y de Stix", en que pensó *Abréu Gómez* (P. S., 292).

v. 128 En Abr.: "uno sabes hacer o tu corona"...; donde el sentido exige: "*Oh tú, Corona*"...; esto es: "¡Oh vosotras, las Musas, que coronáis el bifronte Parnaso!"...

v. 138 y 140 Cfr. "Epitalamio a Anfriso y Filis", en la IV de las "Academias del Jardín" (1630), de *Jacinto Polo*: "En sorda lira, con rozada cuerda"...—Abr., err.: "que se roza..." (por "no se roza..."); y "al viento" (por "al aliento"....).

EL SUEÑO

"Piramidal funesta, de la tierra"... (II, 1692; 1725, 158).

—Aunque ésta sea otra *Silva*, como la anterior, la destacamos en sección autónoma, por su singularísima importancia, y aun simplemente por sus dimensiones y por la extensión que piden sus *Notas*.

—Por el propio motivo, daremos separadamente, en primer lugar las *Notas Textuales*, y luego las *Literarias*. Y tal como explicamos respecto al "Epinicio al Conde de Galve"—por igual y aun mayor razón—, daremos, al final, su entera *Versión en Prosa*. Esta última la hicimos por encargo de nuestra Universidad Nacional Autónoma para una ajsiada edición de Fr. Sueno (Textos de Literatura Mejicana, 1951), entre sus homenajes a Sor Juana en este Tricentenario, sin perjuicio de ya tener resuelto el recogerla aquí, simultáneamente, y allí mismo (pp. IX-LXXXIV), va como "Introducción" un amplio estudio nuestro de este poema.

NOTAS TEXTUALES

REIMPRESIONES MODERNAS

Ermano *Abréu Gómez*: "Edición Crítica" del *Sueño*, en rev. "Contemporáneos" Méj. 1928, ns. 3 y 4. (*Abr. Crit.*); luego, en "Poesías" *Selectas*, Botas 1940, y en "Poesías Completas", Botas, 1941 (texto idéntico en estas dos: P. S. y P. C.), con extraño retroceso sobre 1928. En su "éd. crit.", no trata las inexactas lecciones (o erratas) de los vv. 34

("inflama", 66 ("asombrosa", por "asombrada"), 68 ("suelo", por "sueño"), 72 ("de los miembros", con ese "de" que mata al verso), 191 ("igual que", por "igual con"), 257 ("no sólo empañaba"; por "no sólo no..."), 263 ("gravó" y "guardó", por "grabó" y "guarda"), 299 ("presentaba" por "representaba"), 395 ("pescada" por "pesada"), 431 ("lo más", por "la más"), 462 ("de fuerzas", por "que"...), 515 ("firme ejercita", por "firmes"...), 544 ("así" por "a sí"), 580-1 ("viene" por "informe", 570 ("astilla o astilla", por "a"), 580-1 ("informa" por "pesado"), 622 ("sino más" por "si no"), 628 ("fértiles maternales", por "fértiles pechos maternales"), 646 ("lucida" por "lucida"), 669 ("la más", por "las demás"), 683 ("cielo" por "suelo"), 715 ("embages", por "ambages"), 745 ("que colora", por "que la colora"), 758 ("simido" por "huido"), 764 ("de las espaldas", por "da"...), 839 ("hacienda", por "haciendo"), 876 ("ayudaba", por "ayudada"), 924 ("tirano" por "tirana"), 962 ("de la ruina", por "en la..."), etc. Ni omite la modernización de los vv. 6 y 181 ("esemptas", 575 ("asumptos"), 496 ("trasmupia"), 381 ("hieroglíficos"), 725 ("hierararchía"), o 496, 541 y 558 ("objeto"); ni cortaba muchos períodos indivisibles con puntos tras los vv. 165, 172, 272, 632, 707 ó 769. Sólo incurría ya entonces —eso sí— en las alteradas lecciones de los vv. 51-2, 55, 772, 929 (los "trajes claros", por "tajos"...), y pocas más.

Mucho mejor, KARL VOSSLER: "Die Welt in Traum", Berlín 1941. (V': estudio y traducción alemana en igual número y género de versos, y "ed. crítica" del texto original. Pero aún allí, fuera de discutibles variantes, hay muchos nitidos errores o lapsus. Así, "volker, y sus telas" (matando el v. 40); "expierto" (v. 104), "O de la Majestad" (sin modernizar ese "Oh"...; v. 141); "Ptolomos" (v. 345), "hieroglíficos" (381); "perzean" por "parezan" (420), "espera" (por "Esphera"; esferas; 428); la total omisión de un verso (nuestro 444); "de lo osado" (por "del osado", 454); "el atrevido" (con ese "el", superfluo y rociado, 464); "no, más"... (por "no más" o "nomás", 491); "al que usurpado" (por "al que ha usurpado" 495); "participio" (por "participó" 695); "por qué" (en lugar de "por qué?"; 731, 733, 736); "comprenderio" (donde el verso exige no modernizar ese "comprenderio", 769). Deja sin reparar *viejus erratas* evidentes: "ignorantes" (por "integrantes", 492); "clamado" (por "calmado", 546); "en lid" (por "en la lid", 783); "ilustré" (por "ilustra", 894); "investian" (por "investían", 951); "repartiendo" (por "repartiendo", 970). Y atribuye inexactamente alguna variante a tal o cual edición en que no se lee así: vgr. v. 451: *penidas*, 8 (donde se lee, como debe ser: "perfiles"); v. 741: *sombra*, S, (donde se lee bien: "sobra").

La *Colección de Escritores Mexicanos* de Porrúa (Director inicial: JOAQUÍN RAMÍREZ CABAÑAS) se inauguró con las "Poesías Líricas" de Sor J., no pretendiendo "ediciones críticas", pero sí "limpias" y de "texto correcto y fiel"... Mas en el "Sueño", casi en todo sigue scrítilmente a *Abt. P. C.*: "esemptas" (6 y 181), *Nictimene* (27), "sino

inflama (34), "el agorero" (55), "asombrosa" y "suelo" (66 y 68), "no sólo empañaba" (277), "gravó" (263), "hieroglíficos" (381), "pesada" (395), "de fuerzas" (462), "firme" (515), "Ho" (561), "o astilla" (570), "asumpto" (577), "viene" y "las artificiosas" (580-1), "de el-del" (597), "pasado" (612), "sino" (622), "hierarquía" (624), "cielo" (683), "embages" (715); "ayudaba" (876); etc., y hasta en sus acentos de "Alcides" (396 y 775); "drudo" (607), "supérfluo" (637); o en "expiendor" (883), "de el oído" (por "del oído", v. 25)... A lo cual, aún se añaden *tradas proptias*: "y la lengua, torpe, enmudecía" (por "que torpe"...; v. 23); "mencíficas proezas" (por "mencíficas", 352), "confiantes" (por "confiantes", 372), "Jonante" (por "Tonante", 393), "rascier" (748), "que singular" (por "porque"...; 824), etc.

FUENTES ANTIGUAS

EDICIONES ANTIGUAS COMPARADAS: t. II, 1692, Sevilla pp. 247-76 (S.); 1693, Barcel. pp. 171-200 (B); 1715, Madrid, 171-200 (M¹); 1725, Madr., 158-183 (M²).

JUSTIFICACIÓN DE LECCIONES

—*Título*: aquí (S. y M²): *intituló y compuso*...; V.: *intituló y compuselo*...; *Abt.*: *tituló y compuso*...

¹⁰ *vaporosa* (M¹ y M², R_z, Cab.), por *parvorosa* (S. y B.).

¹¹ *empenaba* (M¹), o *empreñaba* (M²): claras erratas o pseudocorrecciones absurdas, por "empañaba" (S. y B.).

¹² omitido en M².

¹³ *Victimene* (B): err.; y notar la grafía *azecha*: de "acechar" (o espiar, atisbar); no de "asechar" (insidiar).

¹⁴ *Abt. P. y Rz. Cab.*: *sino inflama*; pero S. y M² (y V. y *Abt. Crít.*): "si no inflama", con el evidente contexto.

¹⁵ M², err.: *azadas* (por "aladas").

¹⁶ *Abt. P. y Crít.*, pone guión ante *alas*; pero éste es el complemento directo de *les dió*...

¹⁷ *Abt. P. y Crít.* y *Rz. Cab.*, con sólo B.: "el agorero"; errata por "al", dativo, o sea "indicio para el agorero"...

¹⁸ M¹, err.: *la canora*, omitiendo el indispensable "no"...

¹⁹ V.: *longas*, que preferimos; aunque S., M², (y *Abt.*, P. y Cr., y *Rz. Cab.*): *longos*...

v. 94 S, B, M¹ y M² (y Abr., P. y Crít., y Rz. Cab): *Almones*; y Abr., P. y Crít., anota: "De Almón, padre de la niña Lara, que reveló a Juno el secreto de los amores de Júpiter con Juturna".... Pero esto (y su referencia a *Ovidio*, Fast., II, v. 599 ss.) no se ve cómo venga a nuestro propósito.

—Vossler: *Alcione*, aunque perplejo: "Hay no menos de siete personajes femeninos de tal nombre en la mitología greco-romana: (cfr. el "Lexikon" de W. H. Roscher, Leipzig, 1884, 249-251). Pero —se objeta él mismo— ninguna era una Encantadora que convirtiera en peces a los hombres y que luego ella misma se trocara en pez... Mas *Alcione* evidentemente carece de sentido: ¿influiría la analogía verbal con *Almones* (pesquera de sábalos)...?" (pp. 109-110).

—Para nosotros, *Alcione* es la lección indudable; y cfr. en nuestras Notas Ilustrativas su aclaración mitológica.

v. 103 B, err.: *acieto* (por "al cierto").

v. 107 M¹, err.: omite *vulgo*.

v. 138 M², err.: *continuando*, por "continuado".

v. 163 M¹, err.: *al oficio*, por "ya al ocio".

v. 223 M¹ y M², err.: *componiendo*, por "comprimiendo".

v. 220 M¹, err. (y Abr. Cr.): *activo*, por "activo".

v. 235 S, M¹ y M² (y Abr. Crít.): *centífica*...; probable errata, por "científica"... (B), que preferimos, con V.

v. 249 Todos: *neccio la expuso*... Corregimos "io", según el sentido: "el manjar...; pagando la piedad o temeridad que lo expuso neccio"... (O podría dejarse *la*, refiriéndolo a *substancia*; pero entonces, poniendo *neccio* para concordar, si bien ambiguamente, con ella o con "piedad"...).

v. 257 M¹, err.: *empeñaba*, por "empañaba".

v. 258 B, err.: *estimava*, por "estimativa".

v. 269 M², err.: *veían*, en lugar del "vían" que exige el verso.

v. 334 M², err.: *estorbando*, por "esforzando".

v. 345 V. (con M²): *Ptolemeos*; pero S.: "Pholomeos".

v. 360 B, err.: *mudar*, por "miar".

v. 415 B, err.: *dolososas*...

v. 420 V. (con B): *perzcan*; pero S., M¹ y M² (y Abr. y Rz. Cab): *parezcan*, según el evidente contexto.

v. 110 Todos: *anteojos*; pero con evidente significado de "anteojos"; que en aquella forma se escribía en lo antiguo. Por eso, aquí (aun haciendo algo duro el verso), lo modernizamos.

v. 114 Vossler omite este verso: "*de que interpuesto algún objeto celeste*" (que así está en todos los textos, desde S.); con lo cual, de aquí en adelante, *toda su numeración* se retrasa en un verso... Tan sólo en su *Postscriptum* de la p. 117 lo anota, con alusión al Texto de Abreú.

v. 150 Aquí, y en casos análogos, conservamos la grafía *comprehender*, no por la métrica (que mejor pediría *comprender*), sino por su sentido más latino de "abarcar"...

v. 451 B: *sombra*, err. por "sobra".

v. 464 V., entre paréntesis cuadrado, intercala: "el confiado, antes [el] atrevido"... Pero este endecasílabo (con la diéresis que de todos modos exige, y sin hacer sñaleta en "antes") suena perfecto: "el con-fi-a-do-ântes, atrevido"...; y esa intercalación no sólo huelga, sino que daña, dislocando un acento: "el con-fi-a-do-antés, el-atrevido".

v. 490 De S. a M²: *perficionantes*; pero (con V y Abr. Crít.) modernizamos: *perfeccionantes*...

v. 491 B: *más*, err. por "no más"; y V. omite el acento y divide con una coma: "a su ornato no, mas pertenecientes"; contra el rímo y contra el sentido (que es el de *nomás*: solamente).

v. 492 De S. a M² (y todos): *ignorantes*...; pero es obvia la errata por *integrantes*...; las "partes integrantes", contrapuestas a las sólo "perfeccionantes" u ornamentales...

v. 346 B, (y V. y Abr. P. S. y P. C.): *clamado*; pero preferimos: *calmado* (S.), con Abr. Crít. y con el claro contexto.

v. 534 B, err.: *convenidas* (por *combinadas*, escrito "convinadas").

v. 570 B, err.: *estilla*, por *astilla*.

v. 587 V y Abr.: "*de él, del entendimiento*"...; (y Abr. Crít., y Rz. Cab. con guiones: "de él-del"...). Mas el sentido exige: "*del del*"... "obligado del (o "por el") limitado vigor del entendimiento"...; y huelga la coma en "de el, del" (B), o "del, de el" (S. y M²).

v. 622 Abr.: "sino más desvalido", (por "si no"...).

v. 627 Todos: *Themis*; pero lo creemos err. por *Thetis*. (Cfr. Notas Ilustrativas).

v. 631 De S. a M² (y V.): *nutrimento*; sólo Abr.: "nutrimiento", (que ni siquiera consta en el Diccc. de la R. Acad. Esp.).

- v. 635 B. (y V. y Abr. Crít.): *trae* (que, en todo caso, convendría escribir a la latina: "trahe"...); mas preferimos: *atrae* (S. y M²).
- v. 640 B. y M²: *pueden*; err. por "puede" (S.): la menor criatura...
- v. 674 Abr.: "su *terno* Autor", que preferiríamos; pero S., M² (y V.): *Eterno*.
- v. 699 V.: *¡Oh, aunque repetida*... (por "¡Oh!...").—S. y M² (y Abr. P. S. y P. C.): "*unión sería. ¡Oh, aunque tan repetida*..." Mas omitimos el *tan* (con V., Abr. Crít. y Rz. Cab.), para evitar el verso durísimo.
- v. 753 M², err.: "que *es* más activo", (por "que *el*"...).
- v. 769 V. y Abr.: "*comprenderlo*, o mal, o nunca, o tarde"...; pero el verso exige silabear *com-pre-hen-der-lo*, (a diferencia de los vv. 450, 595, etc.), y así, aun por esto solo, prohíbe tal modernización.
- v. 772 B.: "*incomparable* peso", (y así V. y Abr. Crít.); pero mucho mejor: *incomportable*, (S., M¹ y M², como Abr. P. S. y P. C.).
- v. 778 B. (y V.): *poderosa*; pero mucho mejor: *ponderosa* (S. M¹ y M², como Abr.).
- v. 783 B., err. (y V.): *en lid*, (por "en la lid": como exige el verso y consta en S., M¹ y M²).
- v. 794 S., B., M¹ y M², (y Abr. y Rz. Cab.): *renovar*; pero el sentido exige: *remover* (y así V.).
- v. 811 Se podría dudar si en ese "*O el castigo*"... deba ponerse: *¡Oh!*...; mas optamos por dejarlo intacto, (como V. y Abr.).
- v. 824 S., M¹ y M² (y así Abr.): "*que* singular culpa sólo siendo"... Mas B. (y V.): *porque*...; y así lo exige el endecasílabo.
- v. 839 M² (y Abr. no crít.): *hacienda*; pero el *haciendo* no sólo prevalece en los textos (S., B., y M¹), sino cuadra mejor al contexto, y aunque algo distante, rima con "ascendiendo" (v. 845).
- v. 870-1 y 876 Todos: *formada, convertida y ayudada* (refiriéndose a "su forma" o a "hinterma"). Pero la consonancia con "pintadas", "figuras" y "aprobadas", exige: *formadas, convertidas y ayudadas* (refiriendo las dos primeras voces a "las fantasmás", y la tercera a "figuras"...).
- v. 892 B., err.: *que de luz*, (por "que de su luz").
- v. 894 V. (con B.): *ilustre*; err. por *ilustra* (S., M², y así Abr.).
- v. 898 S., B. y M² (y Abr.): *Tidn*; pero restituímos con V.: *Tithon*, (el esposo de la Aurora, de quien se trata).
- v. 917 B., err.: *percursora*...

- v. 129 Abr. (también Crít.: "*trajes* claros" (por *tajos*...)).
- v. 148 M², err.: *de multiplicados*, (omitiendo: "*de mil*"...).
- v. 161 V.: *embestian*... Pero evidentemente es: *embestian* (S., M², y Abr. Crít.).
- v. 364 V. y Abr. (con S. y M²): *desamparados*; mas corregimos: *desamparada*, (la otra "mitad"...).
- v. 370 B. (y V.): *repiñendo*; clara err. por *repartiendo*, (S., M¹, y M², y Abr.).
- v. 372 V. S., y M²: *iba, y restituyendo*... (aunque Abr. y Rz. Cab. omiten la "y"...).
- Hemos modernizado, a nuestro juicio, *toda la puntuación*, confiando en aclarar—con ello solo—no pocos rasgos. Y obligados por la necesidad (donde, en ciertos períodos dilatadísimo, urgía un signo *intermedio* entre el *punto* y el *punto y coma*, o los *dos puntos*), nos permitimos introducir ese nuevo signo (:); esperando el perdón de su "extravagancia".

NOTAS ILUSTRATIVAS

—*Título*: "*Primero Sueño*": cfr. *Soledad Primera y Soledad Segunda*, de Góng. ¿Sería tal adjetivo de Sor J., que planeara otros? En la Resp. a Sor Filotea, sólo escribe: "un papellito que llaman el *Sueño*"...

v. 1 cfr. *Quevedo*, son. (Astrana, p. 50):

¿No ves *piramidal* y sin sosiego
en esta vela arder inquieta llama?

v. 4 *escalar pretendiendo las estrellas*... cfr. Góng., Sol. II, v. 13: "escalar pretendiendo el monte en vano"...

v. 6 y 181 *exentas*: libres...; cfr. "La Araucana", de Ercilla, I, oct. 47: "Esta soberbia gente libertada... / siempre fué *exenta*, indómita, temida, / de leyes libre y de cerviz erguida"...; y *Triso*, "El Burlador de Sevilla", J. I., pinta a Tisbea, primero, "sola, de Amor *exenta*..."; y *Cerantes*, "Viaje al Parnaso", IV: "Tuve, tengo y tendré los pensamientos... / de toda adulación libres y *exentos*"...

v. 8 Esc *le intimaba*, debía en rigor ser *les*, (a "las luces"...); pero cfr. lo anot. al núm. 2, v. 144.

v. 12 Cfr. Góng., "Al cóncavo ajustando de los cielos / el sublime edificio"...

—Aquí, la sombra llegaba hasta el *cóncavo* de la esfera de la Luna, (el primero de los "once cielos" concéntricos, cuyo centro ocupaba la tierra, en el sistema de Tolomeo); mas no pasaba al otro lado de la bóveda, y así, no llegaba a su *convexo*... Según *Cervantes*, "Viaje al Parnaso", I, los poetas (que viven en la Luna, o fuera de este mundo) "sobre el *convexo* van de las esferas"....

v. 13 Diana, o la Luna, de tres rostros (sus fases). Ovidio (Metam., VII, 194) la llama "Triceps Hecate"; de tres cabezas... Virgilio (Eneida, IV, 511): "Tergeminamque Hecaten, tria virginis ora Dianae";... la "triforme" Hécate, que sin perder ese nombre, tenía otros tres, según sus "tres faces": Luna en el cielo; Diana en la tierra; Proserpina en los infiernos... —Y cfr. *Caldéron* "Luis Pérez el Gallego", J. III: "Este Mayor Monstruo del Mundo", J. I: "Porque viendo que al orbe de la Luna / hoy empinas la frente"... Y *Quevedo*, son. "Por ser mayor el cerco".... (Astrana, p. 56): "las tres caras que muestra, diferente"....

v. 22-23 Cfr. *Góng.*, Polif., oct. 2: "infame turba de nocturnas aves, / gimiendo tristes y volando grazas"; y Sol. I 806-7: "el que más o tarde vuela / o infanso gime, pájaro grazoso"... —Y cfr. también el "Himno a las Estrellas" de *Quevedo* (Astr. 488):

Las tenebrosas aves
que el silencio embarazan con gemido,
volando torpes y cantando grazas,
más agüeros que tonos al oído....

—"Al conjunto de las tinieblas sortilegas, el espacio se le puebla de mitologías" (E. Chávez, p. 111); sobre todo entre los pájaros "que fueran ya tragedias, y son aves" (*Böckingel*, "Fábula de Leandro y Hero", Madrid, 1625, oct. 79).

v. 27 *Nictimene* (en latín, esdrújulo; pero aquí grave: igual que en el rom. núm. 43, v. 98): la doncella de Lesbos que profanó el lecho de su padre, y que trocada en lechuza, "*conspectum luemque fugit, tentebrique pudorem / celat*".... (Ovid., Metam. II, 590-5): "huye la luz, y esconde su vergüenza en las sombras"....

v. 32 *luciente* es voz de las más predicetas de *Góngora*, (con *nocturna*, *canoro*, *purpúreo*, *crepúsculo* y *émulo*...): cfr., sólo en la Sol. II: vv. 358, 475, 577, 596, 608, 620, 815, etc.

v. 34 *Góng.* (Sol. I, 445), ve al Mar, con los huesos de los naufragos, "irfanar, blanqueando, sus arenas"... —"Las *asonancias* entre *dierros* *consonantes* próximos, como ésta, —"injama... crusa"... — abundan aquí: vv. 56-7, 134-5, 143-4, 153-4, 233-5, 318-9, 329-30, 363-4, 465-7, 481-2, 440-500, 544-6, 551-3, 589-91, 612-3, 623-4, 625-6, 644-5, 677-8, 703-4, 744-5, 785-7, 799-801, 819-21, 886-7, 919-20, 930-1, 954-6 y 957-8; y llegan a darse entre tres rimas diversas: "coronas, choza, dora" (183-6), 0

"aves, arte, cobarde" (921-4), "ordinario, amado, trabajo" (169-71); y aun entre más: "movimiento, especezos, extendido, dueño, huyeron" (858-869). —Mas éste, que hoy sería gravísimo defecto, entonces no lo era, abundando no menos en *Garcilaso*, *Fray Luis*, *Góngora*, *Lope* y todos los clásicos. Y dicha inadvertencia, aun en los modernos, suele ocurrir en Nerro, la Mistral y otros egregios artistas.

v. 35 el árbol de *Mínera*...: la Oliva. Cfr. el *Nethuno Alegórico*, Lienzo VII; y *Góng.*, Sol I, 834: "oro le expriman líquido a *Mínera*".... —Y esa costumbre de las aves nocturnas fué creencia medieval, con eco todavía en *Ant. Machado*: "Por un ventanal / entró la lechuza / en la catedral. // San Cristobalón / la quiso espartar / al ver que bebía / del velón de aceite / de Santa María".... (*Apuntes*, en "Nueva Canciones", 1930).

v. 36 y ss. *Aguellas*... *atrevidas hermanas*...: las tres doncellas tebanas, hijas de *Mínias*, incrédulas de la deidad de Baco (hijo de Júpiter), que en vez de acudir a sus cultos, proseguían sus labores de tejidos (*oficiozas*) y se entretenían en narrarse *historias diferentes*, (las de *Piramo* y *Tisbe*, *Marte* y *Venus*, etc.), y a las que Baco transformó sus telas en pámpanos y hiedras, y derribó su casa, y las trocó a ellas mismas en *Murciélagos*... (Ovid., Metam., IV, 1-41 y 389-415, nombrando a dos: "Alcithoe" y "Lacónoe").

v. 44 Cfr. *Góng.*, Sol. II, 95: "la disonante *niebla* de las aves"....

v. 46 También el *P. Castro* (cfr. infra), llama al *Murciélago* "el monstruo alado, *Pájaro sin pluma*".... Y *San Isidoro*, "Etymol." lib. XII, incluye en su cap. VII, "De las Aves", a este "volátil y a la vez cuadrúpedo"....

v. 53 y ss. el *barlero* / *ministro de Plutón*...: *Ascalafos*, delatando que Proserpina se había comido siete granos de granada en el Infierno, la pinó de ser restituida a su madre Ceres; y así mereció que aquella (hecha para siempre esposa de Plutón y Reina del Erebo) lo rociara con agua del *Flegeton* y lo convirtiera en *Buho*: "ignavus bubo, ditum mortaliibus oneri".... (Ovid., Met. V, 530-550): "el cobarde buho, funesto agüero a los mortales".... *Virgilio* anota su "ferale carmen", la voz llosa del buho, entre los "terribles agüeros" de la noche... (Eneida, IV, 461-5). Para *Góng.*, el buho es inseparable del mito de "Ascalafos" (Sol. I, 997): "el deforme fiscal de Proserpina" (II, 892); "testigo que en prolija / desconfianza, a la Sicana Diosa / dejó sin dulce hija, / y a la Estigia Deidad con bella Esposa".... (II, 976-9).

v. 55 *canoro*, es otro epíteto predictecto de *Góng.*: en sólo la Sol. I ocurre 7 veces, (así como *purpúreo*, 6; *nocturno*, 5; *esplendor*, 4...). Cfr. *Dámaso Alonso*, "La Lengua Poét. de Góng.", Madrid, 1935.

v. 57 *Capilla*: orfeón o coro de cantores de un templo... Así Sor J. (en su *Loa* "Al luminoso natal" de Carlos II), hace al Viento alardear "de su volante capilla", cuando le da "sus norabuensas al Sol / la Capilla de las Aves"....

v. 58 *longas*: las notas musicales así llamadas.

v. 64 y desde el 21. El P. *Fco. de Castro S. J.*, Canto III, octs. 14-15, de "La Octava Maravilla" (el poema guadalupano, escrito por 1670 ó 75, e impreso en Méj. Vda. de Rivera, 1729, que *Sor J.* alabó, aun Ms., con su San. del núm. 206), pinta un atardecer en el páramo del Tepeyac, todavía "fúnebre albergue de la Noche", con idénticas alusiones: la lechuzca, sedienta de la "líquida Minerva" (aunque "en vano", por no haber en la cerraña ningún templo); el "Coro anochecido", que guía "Ascálato", y "el monstruo alado, pájaro sin pluma" (el Murciélagó), completando, con "el negro graznido" de los Cuervos, aquella "Música infansta" ... (Cfr. *Poetas Novohispanos*, II, 1943, pp. 169 y 180).

v. 67 y 68 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 164: "Sueño le solicitan pieles blandas" ...; y *Virgilio*, En. II, 9: "*suadentique cadentia sidera somnos*", imitado ya por *Quevedo*: "Las pardas sombras mudas / que el sueño *pertraxerón* a la gente" ...

v. 73-76 "*Harpócrates*: dios grande del Silencio, como lo llamó *S. Agustín*, l. 18, c. 5, *De Civ. Dei* ... Al que los Egipcios daban la apelación de *Harpócrates* ... , veneraban los Griegos con el nombre de *Sigalion*" ... (*Sor J.*: "Neptuno Alegórico" Razón de la Fábrica).

Y el mismo *S. Agustín* añade (loc. cit.) que sus estatuas, "con el dedo en los labios, amonestaban al silencio" ... ("*Digito labiis impresso* ... , *ut silentium ferret*" ...).

—Aquí, "*Harpócrates silencioso*" es una aposición de "la Noche", y ésta, el sujeto de toda esa oración de gerundios absolutos.

v. 77-8 Giro análogo en *Góng.*, Sol. II, 424-5: "de cuyo, si no alado, / arpon vibrante" ...

v. 80-1 Cfr. *Góng.*, Polif., oct. 22: "Mudo la noche *el can*, el día *dormido*, / de cerro en cerro y sombra en sombra *yace*" ...

v. 80-150 Esta visión del *sueño universal* recuerda indudablemente el clásico himno latino de *Estacio* "Al Sueño" (*Silvae*, V, 4), trad. por Gabriel Méndez Plancaire (en "Ábside", XIV, 3, 1950):

"... Todo en silencio duerme:
calla el ganado todo, calla el ave,
callan las fieras; y aun los montes curvos
simulan descansar en hondo sueño.
Apégase el estruendo de los ríos
bramadores; se adhiere del océano
el fragor, y los mares recostados
en las tierras, desansan" ...

v. 84-5 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 694-5: "Venca la noche, al fin, y triunfa mudo / el silencio, aunque breve, del ruido" ...; y *Caldéron*, "El Médico de su honra", J. II: "En el mudo silencio / de la noche, que adoro y reverencio" ...

v. 86 Cfr. *Quevedo*, "El Sueño" (parafrafcando al mismo *Estacio*):

Los mares y las olas ... , entre sueños ...
y a su modo, también se duerme el río ...
Yace la vida envuelta en alto olvido:
tan sólo mi gemido
pierde el respeto a tu silencio santo ...

v. 88 *certílea cuna*: cfr. *Caldéron*, "La gran Cenobia": "es cuna de zafir, lumba de plata" ...; y nuestro v. 797 con lo allí anot. de *Góng.*

v. 89-92 Los proverbialmente *mudos peces* (*Horacio*, Odas, IV, 3, cit. en el *Neptuno Alegórico*, "Razón de la Fábrica"), lo eran aquí *dos veces*: por su naturaleza y por estar dormidos ...

v. 93-6 *Alcione*, la hermosa hija de Eolo, que metafóricamente había transformado en peces (cautivándolos en las redes de su amor) a sus sencillos amantes, y que luego, esposa de Céix o Ceico, rey de Tracia, se arrojó desde la costa sobre su cadáver náufrago y fue metamorfoseada, igual que él, en Alción o Martín Pescador (*Ovid.*, Met. XI, 710-48). Y cfr. nuestra nota textual sobre la errata de "*Almona*" y sobre esta feliz corrección de Vossler.

v. 111-2 Del "*Rey*" de *los brutos* se fabulaba, en la Edad Media, que ni para dormir cerraba los ojos ... *S. Isidoro*, Eymol., XII, c. II: "Cum dormierit, vigilant oculi" ...; e *Hildeberto Cenomanense*, cit. por Vossler, dice en su "*Physiologia*", Migne, Patrol. Lat., 171, col. 1217:

"Et quoties dormit, sua nunquam lumina claudit" ...

Ya aquí *Sor J.* en sus *Vills.* de Navidad, Puebla, 1689, dice del Niño Dios:

Aunque duerma, no cierre los ojos: / que es León de Judá,
y ha de estar con los ojos abiertos / quien nace a reinar.
¡Déjenle velar! ...;

y el *Pbro. D. José Mariano de Abarca*, en el *Ojo Político*, Arco de Méjico al Marqués de las Amarillas, 1756:

Duerme el León, pero no cierra / sus reales ojos el sueño:
duerma el de España, que en ti / sus ojos están abiertos ...

v. 113 y ss. *Actéon*, (no precisamente *Monarca*, pero sí hijo de Cadmo, el Rey de Tebas), llegó incauto a ver a Diana y sus Ninfas "en los blancos estanques del Eurota" (*Góng.*, Sol. I, 493), y fué trocado en Ciervo y desgarrado por su propia jauría (*Ovid.*, Met. III, 155-252). *Alternas* es, aquí, verbo; usado por *Góng.*, Sol. II, 145-6: "El timón alternar menos seguro / y el báculo más duro" ...

v. 129 el *Águila* ... *Góng.*, Sol. I, 28: "*de Júpiter el ave*" ...; y en el *Polif.*, llama al halcón "el generoso pájaro" (oct 2), y al *Águila*, "el ave *rend*" ... (oct. 33).

v. 134 En *Góng.*, Polif., oct. 33, Galatea, junto a Acis que se finge dormido, "Ibriada en un pie toda, sobre él pende".

v. 135-6 *Pinio* conigna, de las Grullas, esa conseja de la piedrecilla: "Grues excubias habent, nocturnis temporibus, lapillum pede sustinentes, qui haurit somno et decidens, indigentiam coanguat"... (Hist. Nat., X, 23). Todavía *Leonardo da Vinci*, en su "Volucerrario", lo sigue casi a la letra: "Temiendo que su rey perezca por falta de vigilancia, las grullas lo rodean de noche, sosteniendo una piedra en una garrá, a fin de que si el sueño las vence, el ruido que haga la piedra al caer, las despierte"... (Selección y trad. de E. García de Zúñiga, Col. Austral, Bs. As. 1941, p. 107). Y *Garcilaso*, Egl. II, v. 296 y ss.: "con su mano alzada / hacia al *Aguila*, en símbolo de la vigilancia insomne del gobernante..."; y mencionemos —ejemplo de tal rumbo alegórico— el "Gobierno General Moral y Político, hallado en las Aves generosas y nobles"; de *Pedro Andrés Ferrer de Valdeebro*, Barcelona, 1696 (aludido por *Vossler*). —*Cálculo*: lat. por "piedrecilla" (cf. "cálculos hepáticos"). —Ambos ritos de zoología fabulosa (éste de las grullas y el anterior de los leones) ya aparecían en la misma página del *Lic. Fco. López de Ubeda*: "La Picara Justina", Medina del Campo, 1605 (y Barcelona 1605 y 1640, etc.). L. II, P. II, c. 4: "Hice mi cuenta que aquel pan en la mano le serviría de lo que a las grullas les sirve una piedra que llevan en la suya para sentir si duermen"... "Las mujeres...; si dormimos, es a ojo abierto, como leones".

v. 141 Cfr. *Quevedo*, "Política de Dios", X: "Reinar es velar. Quien duerme no reina... Rey que duerme...; es sueño tan malo, que la muerte no lo quiere por hermano".

v. 147-50 Cfr. *Quevedo* ("Silva 1ª El Sueño"):

Dáme siquiera...
lo que había de dormir en blando lecho
y da el enamorado a su señora...;
dáme lo que desprecia de ti ahora
por robar el ladrón...

O —más directamente— *Estacio*, loc. cit., invocando al Sueño:

Quizás alguno que en sus brazos tiene,
feliz amante, a su feliz amada,
en la noche profunda, te abomina...

(Trad. de G. M. P.)

v. 151 *Conticinio*: "hora de la noche en que todo está en silencio" (*Dicc. de la R. Acad. Esp.*, 1925).

v. 157-61 *causa*... Y *balanza*...: la misma rima de *c ó ó z* con *s*, en "choza, poderosa" (185-9); "excuse, introduce" (250-1); "proezas, impresas" (352-3); "espeluzna, rehusa" (765-6); o "empesa, naturaliza" (779-780). —Y cfr. lo anot. al núm. 105.

v. 154 Podría silabearse el verso de dos maneras: "en el fiel infiel", o "en el fiel infiel"... Lo segundo es preferible, pues "fiel" (de la balanza), sustantivo, disipa ya más del adjetivo latino, "fidelis", cuya consonante suprimida es la que se recuerda con esa diéresis de "infiel".

v. 173 *retrato del contrario de la vida*: imagen de la muerte... (cfr. v. 190, y lo anot. allí).

v. 179-191 Al *sayal* (la pobreza), opónense la *púrpura* y el *brocado*. Tal en *Góng.*, Sol. I, 165-6, venos dormir "al príncipe, entre holandas, / púrpura tina y miliañes brocado"...

v. 185 y 187 Cfr. *Góng.* Sol.: "pajizo albergue" (I, 858), de "junco frágil"... (II, 590).

v. 180 Cfr. el gran Soneto de *Lupercio Leonardo de Argensola*: «*Imagen espantosa de la muerte*»...; y *Quevedo*, Silva I "Al Sueño":

Pues no te busco yo por ser descanso,
sino por muda imagen de la muerte...

—En el "Diario de Méj.", 9 y 10 de enero de 1808, hay una oda *Al Sueño*, de "Knaant" (*D. Ramón Quintana del Azco*), con este epígrafe latino: *Eumentum frater, metuentidaque mortis imago*...; y con alguna posible reminiscencia del de *Sor J.*:

¿Es otra cosa el hombre alatargado
que un fiel retrato de la triste muerte?...

Mas allí surge "el hórrido Morfeo", con "centelleantes ojos" y "negra frente", que "el opio soñoliento coronaba / con la ardiente anapola entretejido"... (Reprod. en *Antol. del Centenario*, de Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, Méj. 1910, t. II, pp. 925-29). —La Muerte llama "con igual pie al alcázar y al tugurio"... (*Horacio*, Odas, I, 4); y el Sueño —*imagen suya* también en esto— "mide con igual vara" sayales y brocados...

v. 182 *Pedro Lain Entralgo* ("La Antropología... en Fr. Luis de Granada", Madrid, 1946, p. 139) cita una "Declaración en suma breve de la orgánica y maravillosa composición del microcosmos, o mundo menor, que es el hombre...; en forma de sueño o ficción"... (*Lobera de Ávila*, 1542). Y eso, un "Sueño anatómico" y fisiológico —mas ahora con aliento lírico, hecho poesía—, es lo que aquí principia.

v. 188 y 202-3 La muerte, sueño eterno; el sueño, *muerte temporal*... El dormido, un *cadáver con alma*... Cfr. "La Cena de Baltasar", de *Calderón*:

Baltasar de Babilonia, / que en las hisonjas del sueño,
sepulcro tú de ti mismo, / mueres vivo, y vives muerto...

Y del retruécano que sigue, un eco en *Pagaza*, son. "A Sor J.", (en su "Horacio", 1905, p. 398):

muerta a sus ojos, a las letras viva...

v. 210-1 El corazón —dice el P. Granada, eco de Aristóteles—, "está como rey en medio de nuestro pecho; y es la fuente del "calor de vida"... (Introducción del Símbolo de la Fe, Salamanca, 1982, Parte I, cap. 26).

v. 212 con su... fuente... Cfr. el P. Granada: "el pulmón, a manera de fuente, se está siempre abriendo y cerrando", para "refrigerar el corazón" y "disponer el aire que por él entra, para que de él se engendren los *espiritus vitales*...", los cuales se forman de los vapores de la sangre arterial, junto con una parte del aire" (Simb., I, 26).

v. 216 arcaduz: acueducto... Cfr. Góng., Sol I, 251-2: "juntaba el cristal líquido al humano / por el arcaduz bello de una mano..."

v. 220-1 Los *espiritus vitales*, en la hipótesis de Galeno, se formaban del aire inspirado por el pulmón, y de los "vapores" de la sangre, bajo la acción del calor cardíaco, al que así iban disminuyendo... (Latin Entailogy, 172). Esos "*espiritus*" —sin ser estrictamente espirituales, sino partículas corpóreas sutilísimas, que "se llegan mucho a la condición y nobleza" de lo espiritual— eran "los instrumentos más propios e inmediatos" del alma; y esto, así los vitales, "de que el alma se sirve para darnos vida", cuanto los animales (o "psíquicos", que decía Galeno), que "son como unos rayos de luz, mediante los cuales nos da sentido y movimiento"... (Granada, Simb., I, 27).

v. 225 que, repetido, no hay robo pequeño... Endecastlabo de ritmo ambiguo, susceptible de acentuarse rítmicamente en la 6ª (con énfasis sobre *hay*), o en la 4ª y 7ª (cargando la voz en *róbø*)—En esta última hipótesis, cfr. lo anot. al v. 696; y en la otra, lo advertido al v. 231.—Lo mismo ocurre en Góng., Sol. I, 129:

No a la soberbia está aquí la mentira....:

y en Lugones, "Oda a los ganados y las mieses":

como el cristal, casi no tiene sombra...

v. 227-230 Esos *testigos de mayor excepción* (superiores a toda falta: "omni exceptione majores"), y la información que sigue, son términos jurídicos. No en vano, en sus libretos le pintó Miranda el "Decretum Gratiani", y Cabrera el "Jus Civile"... Ella misma baraja, aquí o allá, el Digesto, las Pandectas, las Decretales y todo el Código, aunque en el núm. 46 proteste, sonriendo:

A vos, el susonombrado, / que no digo el susodicho
porque no lleven resabios / de procesos mis escritos...

¿Y qué es toda su *Petición Casuística* (cfr. en el tomo de "Prosa"), sino un "resabio de procesos" aplicado a expresar un acto de contradicción...?

v. 231 con no replicar sólo defendidos... Verso con un acento "obstruc-

dionista" en la 5a. sílaba, que choca con el rítmico de la 6a., igual que los vv. 225, 243, 293, 374, 439, 450, 530, 543, 824 y algunos más. Y un análogo choque entre la 3a. y la 4a. de los vv. 35, 104, y 843; o entre la ga y la 10a. del v. 404.—Pero esto, que a nosotros nos disuena, poco solía advertirse en los siglos de oro. Cfr. Góng., Sol. I:

por el arcaduz bello de una mano... (66);
mas los que lograr bien no supo Midas... (444);
con las de su edad corta historias largas... (515), etc.

Y en lo moderno, otro tan excelente rimador como Lugones, en su oda "A los ganados y las mieses", lo prodiga con frecuencia mucho mayor:

una gravedad brusca y categórica...;
de fertilidad rueda silenciosa...;
la fecundidad sana de su esfuerzo...;
la retribución justa de sus obras...

v. 238 El vocablo *oficina* no siempre fué vulgar y prosaico. En el latín de Horacio, cfr. las "oficinas de los Ciclopes"... (Odas, I, 4); y en Góng., Sol. II: "competente oficina" (204), y "en la oficina undosa de esta playa"... (586).

v. 236 y 88 La digestión del estómago, por la cual "el manjar comienza a dejar su propia forma y a mudarse en nuestra substancia...", no se puede hacer sin calor y sin fuego; que proveen el *hígado* y sobre todo el *corazón*, "miembro calidísimo", además de que "todos los miembros, como si tuvieran sentido para conocer que el estómago guisa de comer para todos, ayudan a este cocimiento con su propio calor"... Después, el *hígado* "trata a sí todo lo que es de provecho...; y recogiendo más con su calor natural el manjar, y despidiendo lo menos puro..., convierte el *quilo* en sangre nutricional"...; y al fin, hace "el repartimiento de la sangre que en él se engendrô", siendo "como el despensero de la casa de un gran Señor, que reparte sus raciones y da de comer a todos los de la casa"... (Granada, ib., I, 26).

v. 243 grafía original: *chilo* (hoy aún, "*chyle*" en francés, y "*chilo*" en ital., del griego "*Chylós*": jugo): el *quilo*, "líquido blanco rosáceo que el intestino delgado secreta del quimo formado en el estómago con los alimentos, y que, absorbido por los vasos quilíferos, entra en el canal torácico para mezclarse con la sangre"... (Dicc. *Espasa*). Y cfr. el rom. del *Comte de la Granja* (aquí, núm. 149 bis), loando a Sor J. de hablar apurado o chupado "a Ciencias y Artes la esencia / y a la Erudición el *quilo*"...

v. 245 El *húmedo radical*, en la fisiología de los antiguos, era un "humor linfático, dulce, sutil y balsámico, que daba a las fibras del cuerpo su flexibilidad y elasticidad"... (Dicc. *Espasa*). El "calor natural" del cuerpo estaba siempre en lucha con ese "húmedo"; y el no vencer aquí, extinguendo a éste, debíase a la interposición de los alimentos, que le daban pábulo a su fuerza destructiva...—*Montaña de Monserrate* describe tal "húmedo" diciendo que, para vivir, "se requiere que la substancia del corazón tenga en cantidad bastante una humedad substancial viscosa y

tenace, la cual en medicina se dice gluten, que quiere decir cola, porque con ella las partes del corazón están continuadas como si estuviesen unidas con cola... (*Anothomia*, Valladolid, 1551, f. 73, cit. por Latin *Entraldgo*, p. 223). —“En la lámpara... el ardor de la llama hace a poco va consumiendo el aceite que la sustenta... Pues lo mismo hace el *calor natural* en nuestros cuerpos... el cual siempre gasta y consume nuestro *húmedo radical*, y por esto conviene restaurar lo que así se gasta, con el manjar que se come...; y porque nunca es tan perfecto lo que se restaura... de aquí viene poco a poco el *húmedo radical* a perder de su vigor y virtud; y cuando éste del todo se mengosaba, viene a acabarse juntamente con él la vida”... (*Granada*, Simb., I, 25).

v. 245-51 y 841 “La causa inmediata de nuestra vida biológica (dice Latin *Entraldgo*, resumiendo aquella Fisiología), es el *calor natural del cuerpo*. El *calor natural* va consumiendo el *húmedo radical*, y esta pérdida es parcialmente compensada por la alimentación; mas como la compensación no es perfecta, el cuerpo viviente progresa inexorablemente hacia su muerte”...

v. 252 Cfr. *Góng.* Polif., oct. 7: “bóveda de las *fraguas de Vulcano*”...; la herrería donde los Cyclopes forjaban los rayos para Júpiter en el Etna...

v. 254 y 88 Cfr. Fr. Luis de Granada: “Los *humos de vapores de la comida*, como de olla que hiere, *suben al cerebro*...; y lo cubren como de una *niebla oscura*, con la cual se impide la operación de aquellas potencias”... (*Libro de la Oración*...; ed. Rivad., 122).

v. 256 Los *cuatro humores*: cfr. el P. Granada: “Los *cuatro humores* de que están compuestos nuestros cuerpos...; son sangre, flema, cólera y melancolía”... (*Simb.*, I, 25). O bien, el P. Miguel Godínez, S. J., “Práctica de la Teología Mística”, Sevilla, 1682, lib. VII, c. 6, explicando que “la cólera se hace de la bilis y es seca y caliente...; la flema...; es húmedo y frío...; y la melancolía... se hace de las heces de la sangre y así es terrestre, negra, fría y densa”...

v. 258-65 Parece tomarse aquí la *estimativa* por el “sentido común”, o sea, la central interior de los sentidos exteriores, de la que explica el P. Granada: “Los cinco sentidos envían por estos nervios las especies e imágenes de las cosas que sintieron, a este *sentido común*...; del cual pasan a “*la imaginativa*, que las retiene y guarda fielmente”, junto con la “*memoria*” y la “*fantasía*”, que completan estos “*sentidos interiores*”, cuya sede orgánica está en “*los sesos*”... (op. cit., I, 29).

v. 263 El giro de la frase recuerda a *Góng.*, Sol. II, 186: “solicitó curiosa y guardó avara”...

v. 267 El *Faro* de Alejandría—llamado así por la isla de Faros en que lo construyó Sosttrato, bajo Tolomeo Filadelfo (s. III a c.)—fue una de “*las Siete Maravillas del mundo*”. Medía unos 200 mts. y tenía en su cúspide una grande hoguera, ante un enorme espejo de vidrio; y de éste (ya después de su destrucción), los Árabes conquistadores de Egipto, en el

s. VII, fantasearon que con él se podían incendiar los barcos a cien millas, y que en él se veía lo que pasaba en Constantinopla, etc. Pero ese espejo mágico, en que se reflejaban todas las naves, etc., claro que nunca fue sino una leyenda.—La aplicación del símil, aquí, y su expresión, recuerda el comentario de S. Tomás al “*De Somniis*”, de *Aristóteles*: “*Simulacra*, quae a sensibilibus sunt...; magis apparent in dormiendo quam in vigilando...; y tal como en el agua serena se ven más nitidos los reflejos, así durante el sueño refulsen más íntegras e intactas las imágenes (“*simulacra*”) que los particulares órganos sensitivos envían al *sentido común*”... (Op. Omn., ed. Frette-Vives, París, 1875, t. 24, lect. IV).

—Y cfr. *Sor J.*, “Resp. a Sor Fil.”:—“Ni aún el sueño se libró de este continuo movimiento de *mi imaginativa*; antes suele obrar en él *más libre y desembarazada*, confririendo con *mayor claridad y sosiego* las especies que ha conservado del día: arguyendo, haciendo versos, de que os pudiera hacer un catálogo muy grande, y de algunas razones y delgadezas que he alcanzado dormida”...

v. 277 Dejamos intacto el *arresgadas* (arriesgadas), por su valor filológico. “*Alarcón* dice con frecuencia *arresgar*, y así se ha conservado en América”... (R. J. Cuervo: “Castellano Popular y Castellano Literario”, c. IV, en *Obras Indás*, Bogotá, 1944, pp. 265-7). Y allí, *Sor J.* (I, 257): “Su *vida arresgado*”...

v. 278 cfr. *Góng.* Sol. II: “un plomo fió grave a un corcho leve”... (467), y “sus plomos graves, y sus corchos leves”... —*Sor J.*, en indudable recuerdo concreto, pero mucho más bellamente: *Sus velas leves y sus quillas graves*...; con materia más poética y añadiendo a la antítesis la aliteración de *ves y eles*... —“Sentis la maravillosa fortuna de este verso, de cristal todo, que con su mitad primera vuelta, y con su mitad segunda, ponderosa, en el imaginario lago camina?... Se asemeja al alma de *Sor J.*...; milagroso edificio de armonía, de música, vuelo y equilibrio”... (*Ez. Chávez*, p. 120).

v. 287 “Bajo el nombre de *Estrellas*, podemos entender a los Angeles” (*S. Jerónimo*, ad Job, 25). Pero quizá mejor que esas “*Inteligencias separadas*”, motrices de las esferas celestes (*Vossler*), estas *intelectuales estrellas* son aquí los conceptos espirituales (con algún sabor, en tal metáfora, de las platónicas “*Ideas subsistentes*”...).

v. 292-6 —*Sor J.* parece atribuir al alma humana, durante el sueño, la *intuición de su propia “esencia bella”*: del espíritu en sí mismo, “centrifuso desde el Renacimiento”... (p. 112).

v. 297-301 El alma, según Platón y cuantos la conciben como una substancia completa y preexistente, estaría “*encadenada*” en el cuerpo, y oprimida por él en sus operaciones intelectuales. Mas, según *Aristóteles*, —y la Filosofía Escolástica—, el alma es forma substancial del compuesto humano, y lejos de verse “*impedida*” por la materia en su actividad natural, presupone el concurso de los sentidos y la fantasía, facultades

orgánicas... (Muy otro es el sentido, en el orden sobrenatural y respecto a la imitación de Dios, del "esta cárcel y estos hierros/ en que el alma está metida", de *S. Teresa*, o del "ansío verme desatado", de *San Pablo*...), Esiro, pues —y la "liberación" del alma durante el sueño—, nos parecían en Sor J. simples fantasías poéticas, más bien que tesis filosóficas...

v. 298 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 977: "de recíprocos mudos impedidos"...

v. 305-8 La *Astrología* era de dos especies: la *Natural*, o sea la *Astronomía* (con las predicciones de fenómenos meteorológicos y astronómicos), y la *Judiciaria*, o sea la pretendida predicción astrológica de los futuros libres, gravemente vedada por la Iglesia, vgr., en la Constitución "Moderator caeli", de Sixto V (1586), y otras de Urbano VIII, etc., que condenaron tales horóscopos aun cuando se exhibieran como sólo conjeturales... (cfr. *Ballerini-Palmieri*: "Opus Theologicum-Morale", Roma, 1899, II, 252; y *Gabriel Méndez Plancarte*: "Don Guillén de Lámport y su Regio Salerno", Méj., 1948, cap. XIII). Tal estudio *varamente judiciario* (dice Sor J.), —la *Judiciaria*, que pretende leer los destinos humanos en las estrellas—, es *grave culpa*, y en sí misma (en sus zozobras y engaños) lleva su *merecida pena*... —Cfr. en "El Mayor Monstruo del Mundo", de *Calderón*, "aquel *judiciario docto*" que:

en láminas leyendo de diamante
caracteres de estrallas,
hoy los futuros contingentes, de ellas,
a todos adelanta...;

y en *Góng.*, Sol. I, 1060, el mismo adjetivo que emplea Sor J., con su simple sentido de "juicioso": "que la atención confunden *judiciosa*"...

v. 320 Cfr. *Góng.*, Sol. I, Dedic., v. 8:

bates los montes que, de nieve armados,
gigantes de cristal los teme el cielo...

v. 330 y 68. Cfr. *Góng.*, Sol. I, 49-50:

riscos que aun igualara mal, volando,
veloz, intrépida ala...

v. 331 Cfr. *Calderón*, "Luis Pérez el Gallego", J. I:

¿Qué es ver dos halcones luego / *hacer puntas* (que esto es
bair alas), y después, / cometas sin luz ni fuego,
retar la garza...?

v. 337 *Góng.* pinta ya, "en "los picélagos del aire", unas, "volantes, no, galeras/ sino grullas *veleras*"... (Sol. I, 611-3); y contempla a un azor "peñar el aire, por cardar el vuelo"... (Sol. II, 864).

v. 340 *las Pirámides "dos"*...: sin duda alude a las tres Pirámides de Gízé (las próximas a Menfis o Heliópolis, la vieja capital del Alto Egipto con la que identifica, sin nimio rigor, el actual Cairo); mas prescindió

quizás de la de Mikerinos (alta de sólo 66 mts.), por tan inferior a las de Keóps y Kefrén (ambas de 140 mts.).

v. 343 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 429: "sus *banderas*/ siempre gloriosas, siempre *hemolantes*"...

v. 344-5 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 963-4: "de funerales *bárbaros trofeos*/ que el Egipto erigió a sus Ptolomeos"... (En rigor, las alzaron los Faraones de la IV Dinastía: 2900-2750 a. C. muchísimo antes).

v. 352 y 379 *Gitano*: "Egipciano"... Cfr. *Góng.*, Sol. I, 111: "el áspid gitano"...; *Lope*, Epist. a Elisio de Medina: "tantos gitanos cuantos baña el Nilo"...; *Calderón*, "El Conde de Lucanor", J. II:

Que las gitanas riberas / me verán cerrar del Nilo
las siete bocas por quien / monstruo esptra cristallino...

v. 358 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 107: "del *lince* más agudo"...

v. 359 Cfr., *Góng.*, Sol. I, 1048 y ss.:

No el polvo *desparece*
el campo, que no pisan alas hierba...;
el más tarde, la vista *desvanece*;
y siguiendo al más lento,
cojea el pensamiento...

v. 364 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 1066: "las duras *basas*"... (aunque posteriormente ha prevalecido "base"...).

v. 365 Cfr. en *Góng.* el raudal de la barba de Polifemo, oct. 8, que "el pecho inunda, o tarde, o mal, o en vano / peinado aun de los dedos de su mano"...

v. 375 Otra fábula, como la del espejo de Faros, ésta de que las Pirámides no proyecten *sombra* jamás...

v. 380 *elaciones* (lat.), en su doble sentido, físico y moral: elevación y soberbia.

v. 382 y 389 Dónde hable de las Pirámides el *ciego Poeta*, Homero, no se nos alcanza; ni Vossler halló rastro en varios léxicos homéricos.

v. 391-8 Cfr. *Ambrosio Teodosio Macrobio*, "Convivia Saturnalia", lib. V, 3, (cit. por Vossler): "cum tria haec ex aequo impossibilia iudicentur: vel Jovi fulmen, vel Herculi clavam, vel versum Homero subtrahere"... —También el *Dr. Juan de Espinosa Medrano*, el célebre *Lunarejo*, en su "Apologético en favor de D. Luis de Góngora" (Lima, 1662), alude al proverbio "*clavam Herculi extorquere*", diciendo: "Por tan imposible como quitarle el rayo a Júpiter y a Hércules la clava, jugó la anti-güedad el usurpar los versos a Homero; y habiendo aprovechádose el Marón de muchos, para adornar su *Encida*", de igual manera fué "proeza valiente" la de Góngora, que "robó con feliz osadía... la coturnada y

altísima elocución Latina".... (Reed. en "El Apogeo de la Lit. Colonial" del Perú, sel. de V. García Calderón, París, 1938, p. 104).—Y *cf.* *Egyptische Rimas*, 1648, f. 216: "Será quitarle a Hércules la clava, / de Tácito imitar los atorisimos"....

v. 400-7 Vossler aduce muy oportunas citas del "Oedipus Aegyptiacus" del P. *Atanasio Kircher*, S. J. (II, Roma, 1653, 110 y ss): "Per pyramidem seu obeliscum Aegyptios rerum naturam... quae... ad formas recipientias appetitum habet, repraesentare voluisse"...: —símbolo del anhelo de perfección—; "hinc, animam lucidae comparabant pyramidem"...: el Alma, una pirámide luminosa (aunque, según la explicación y el grabado del P. Kircher, pirámide invertida, e inscrita en otra "pirámide tenébrosa", ésta sí sentada sobre su base: el cuerpo).—Sor J. estiliza la alegoría; mas creemos indudable esa fuente.

v. 408-411 *Cfr.* *Sor J.*: "Todas las cosas salen de Dios, que es el Centro a un tiempo y la Circunferencia, de donde salen y donde paran todas las líneas creadas": y cita al margen al P. Kircher "en su curioso libro *De Magnete*".... ("Resp. a Sor Fil.").

v. 414 y ss Sobre la Torre de Babel y la confusión de lenguas, *cf.* *Græciæ*, X, 4-9.

v. 418-420 *Cfr.* *Góng.*, Sol. II, 357: "en *idiomas cantan diferenter*"....

v. 440 *anteojos*: anteojos....

v. 444 *Cfr.* *Góng.*, Sol. I, 802: "de las que el bosque bellas niñas *celá*"....

v. 451-5 *Cfr.* *Góng.*: Sol. II, 666-7: "... *excedida* / de la sublimidad la *virta*, *apela*"....; Sol. II, 16: "*arrepentido* y aun *retrocediente*"....; y Sol. I, 853: "a sus umbrales *revocó* felices / los novios".... (los "volvíd a llamar", o "los hizo volver atrás"....).

v. 467 *fcaro*....: el hijo de Dédalo, que huyó del Laberinto de Creta volando con alas de cera y, al detenersele éstas por acercarse demasiado al Sol, murió precipitado al mar. (*Ovidio*, *Metam.*, VIII, y *Horacio*, *Odas*, IV, 2).

v. 471 *Cfr.* *Góng.*, Sol. I, 169: "es Sisifo en la cuesta, si en la cumbre / de *ponderosa* vana *pesadumbre*"....

v. 476 *Cfr.* *Góng.*, Sol. I, 525: "si tu *neutralidad* sufre consejo"....

v. 485 *librada*: *cf.* nota al v. 134.

v. 490-3 La división de las partes en *integrantes* o sólo *perfectoanantes*, es comunísima en la Filosofía Escolástica.

v. 506 y 507 *apela y cela*: *cf.* *Góng.*, aquí, notas a los vv. 444 y 451.

v. 520 *a uno y otro Galeno*....: a muchos médicos, según la notoria alu-

sión a *Claudio Galeno*, de Pérgamo, cuyas obras, con las de Hipócrates, figuran en la biblioteca de Sor Juana, en el óleo de M. Cabrera.—También el P. *Granada* cita sobre todo a "*Galeno*, príncipe de los médicos, que... escribió desta admirable fábrica del cuerpo humano"... (op. cit., I, 23). Y sus tratados capitales al respecto, son los "De usu partium", "De anatomias administrationibus" y "De locis affectus" (Iain Entralgo, 194).

v. 534 *bruta experiencia*: el experimento médico hecho en los brutos, "in anima vii".

v. 537 *Apolinea ciencia*: la Medicina, de la que —al par que de la Poesía— era dios Apolo....: *cf.* *Horacio*, *Carmen Secular*: "*Phoebus*... / qui *salutare levat arte fessos / corporis artus*"....

v. 538 *Cfr.* *Góng.*, Sol. II, 1-5:

Entrase el mar por un arroyo breve....
y mucha sal no sólo en poco vaso,
mas su rúina bebe....

v. 561-2 "al viento *ventilante*"....: *cf.* *Góng.*, Sol. I, 457: "para el *ciervo espirante* por cien bocas".... (aunque el vocablo de Sor J. tiene más bien sabor italiano y dantesco).—Y el "fió" (en tal sentido y con idéntico valor bislabo), también en *Góng.*, Sol. I, 20-1: "que a una Libia de ondas su camino / fió, y su vida a un leño"....

v. 566-570 *Cfr.* *Góng.*, Sol. I, 458: "y tu obstinada *entena*", (o mástil); Sol. II, 386-7: "Menos quizá dió *astillas* / que ejemplos de dolor a estas orillas"....; Sol. I, 126-7: "... "Cuya *arena* / *besó* ya tanto leño".... (y *cf.* Sol. II, 194).—Y para la hipóbole de los vv. 569-70, *cf.* *Sol. I*, 41, donde, el Sol, secando la mojada ropa del náufrago, "la menor onda chupa al menor hilo"....

v. 572 "el lugar *uutrphé* de la *carena*"....: ese prudente juicio "ocupó" o tuvo, para el pensamiento demasiado ambicioso, el lugar de la composición que se le hace a un navío maltrecho...—*Carena* en su primera acepción es "la parte del buque que entra debajo del agua"....; "también (y así aquí), el reparo que se hace a las naves, calafateando los agujeros y grietas".... (*Dicc. Auts.*).

v. 573-5 *reportado*: refrenado, (de "reportarse": no de "reportar", ni menos tocante a los "reporteros"....).

v. 581 y ss. Nada más sabido, en Filosofía Escolástica, que las diez *Categorías* que Aristóteles asignó como supremos géneros del *sér*: substancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, dónde, cuándo, sitio y hábito... Sus conceptos "abstractos" (que Sor J., con escaso rigor, llama "mentales fantasías") son base de la ciencia, que sólo se da, cabalmente, de los *Universales* (las ciencias genéricas y específicas).

v. 590-1 El conocimiento *todo* en una sola *intuición*, es propio de Dios...

v. 606 Cfr. *Góng.*, I, 1072: "en tanto, pues, que *el palio* neutro pende"...; (mientras permanece indeciso el triunfo, que dará *el premio* a uno sólo...); y *Sol.* I, 575 y 1044.

v. 609-10 *Ya en una, ya en otra facultad*... Sobre cómo las varias *facultades*, o *Ciencias y Artes*, "no sólo ne se estorban, sino se ayudan, dando luz y abriendo camino las unas para las otras", cfr. todo un largo y admirable pasaje de la "Resp. a Sor Filotea".

v. 618 Este *método*—el avanzar progresiva y ordenadamente en las ciencias—pertenece a Aristóteles y Petrugallo. Mas es curioso recordar (con Abtén, ed. crt., p. 290) que *Descartes*, en su "Discours de la Méthode" (1637), formulaba así su 3ª regla: "Conduire par ordre mes pensées, en commençant par les objets les plus simples et les plus aisés à connaître, pour monter peu à peu comme par degrés"... *Don Ezequiel Chiare* niega ese influjo, y ve aquí un "hallazgo" de Sor J., (pp. 125-6). Y *Fernández Mac Gregor*, más exacto: "No era extraño que tuviera noticia de este medio del conocimiento, quien estaba nutrida con las enseñanzas de la filosofía tomista, que tiene su raíz en la aristotélica"; según la cual conocer "progresivamente" es algo esencial del conocimiento humano... (p. 73).

v. 623 La *segunda causa productiva* es la Naturaleza (Dios, la primera), que *favoreció menos* a los seres inanimados (el reino mineral), aunque al dotarlos de fuerzas físico-químicas, etc., no los dejó *desvalidos*.

v. 626-7 Cfr. *Góng.*, Polif., oct. 11, hablando de las bellotas:

el tributo—alimento, aunque *grosero*,
del mejor mundo, del candor *primero*...

—*Themis*, la hija de Urano, hermana de Saturno y diosa de la Justicia eterna, (y madre de Astrrea, la diosa de la justicia humana), no parece venir aquí muy a cuento... (Yosler anota dichos caracteres, más sin advertir la dificultad). ¿Será errata por *Themis*, la esposa del Océano y madre de los Ríos y de las Océanidas...? En tal hipótesis, todo se aclara: los infimos vegetales—las algas marinas—son los primeros que expresan los pechos maternos de Tetis—los manantiales del agua, que es el "humor terrestre"—, al nutrirse de ella... Por eso introducimos en el texto, aunque no sin dudar un poco, esta corrección.

v. 632-8 *cuatro operaciones*... Cfr. el *P. Granada*, según el cual nuestros miembros tienen tres operaciones necesarias para su mantenimiento, "que llaman *atractiva, conversiva y expulsiva*", y la primera envuelve la *selectiva*, ya que "cada miembro, como si tuviese juicio y sentido, toma (de la masa de la sangre) lo que conviene a su naturaleza, y no toca en lo demás"... ("Símbolo", I, 25; donde, según anota Lain Entralgo, op. cit., 223, "la huella del escrito *galénico* De Facultatibus Naturalibus es perfectamente clara"...).

v. 638 "Forma *inculcar* más bella"...; (con su primer sentido latino de *piar, calcar*...): "poner mis huellas sobre esa otra forma", o "recorrela", o "profundizarla"...—Y cfr. *Góng.*, *Sol.*, I, 419: "en *inculcar* sus huellas al mundo"...

v. 655 Cfr. *Góng.*, *Sol.* I, 1067: "con *triplicado* nudo"... El hombre es ese *triple* viviente: vegetal, sensitivo, racional...

v. 658 Cfr. nota al v. 692.

v. 659 Cfr. *Góng.*, *Sol.* I, 480 (hablando del Estrecho de Magallanes):

de fugitiva plata
la *bisagra*, aunque estrecha, *abrazadora*
de un Océano y otro...

El hombre es la "bisagra" que une dos mundos: el corpóreo de mineras, plantas y brutos y el espiritual de los ángeles... (y cfr. lo anot. al núm. 25, v. 144).

v. 666-7 Esas tres facultades *rectrices* (las que, como espirituales, deben imperar en el hombre), claro que son el entendimiento, la voluntad y la memoria.

v. 668-670 Dios hizo a la naturaleza humana *Señora de las demás*... Cfr. *Génesis*, I, 26: "Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza, y domine a los peces del mar y las aves del cielo y las bestias, y a toda la tierra".

v. 675-6 Cfr. *Sor J.*, "Ejercicios... de la Encarnación" (6ª): "Acabó Dios sus obras *ad extra*, y perfeccionólas con formar a su semejanza al hombre, para Rey del universo mundo..."

v. 678 "que", o sea "a la cual" (le) "cierra el polvo la boca", al ser sepultada...

v. 680-3 Parece referirse al "Ángel fuerte que bajaba del cielo...", y que ponía el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra"... (*Apoc.*, 10, 1-2). La aplicación—como alegoría del Hombre—sería algo violenta; pero no descubrimos otro texto al que pueda aludir...—Y para las *iguales huellas*, cfr. *Góng.*, *Sol.* I, 79-80: "midiendo la espuma / con igual pie que el raso"...; y más remoto el "*æquo pulsat pede*" de la Muerte, en *Horacio*, *Odas*, I, 4.

v. 684-9 Cfr. el sueño de Nabucodonosor: la "*estatua* muy sublime...: su cabeza... de fino oro"; y "la extremidad de sus pies, de barro cocido"... (*Daniel*, II, 31-3). Símbolo allá, de los imperios Asirio, Persa, Macedónico y Romano...; y bellamente acomodado aquí a esta mezcla de excelstuid y miseria que somos...

v. 692-96 *Compendio* de la Creación es el hombre: "Microcosmos" o "universo pequeño"... Cfr. *S. Gregorio Magno*, Homilía 29 de los Evangelios, sobre S. Marcos, XVI (en el *Brev. Rom.* el día de la Ascensión): "Omnia creaturæ aliquid habet homo. Habet namque commune esse cum lapidibus, vivere cum arboribus, intelligere cum angelis... Juxta aliquid, omnia creatura est homo"... También el *Card. Nicolai de Cusa*, "De docta ignorantia", I, III, c. 3: "El Hombre, *natura media*... comprende en sí misma todas las naturalezas, pues es la más alta de las inferiores y la más baja de las superiores; y así, cuando se eleva hasta la unión con el Infinito, logran todas, en ella, su máxima perfección"... "La Naturaleza humana, abrazando en sí todas las naturalezas intelectuales y sensibles, y resumiendo el Universo entero, con razón fué llamada por los Antiguos *microcosmos*, o mundo menor"... Y *Fray Luis de Granada*, "Símbolo", I, 23: "El hombre se llama *mundo menor*... porque todo lo que hay en el mundo mayor se halla en él... Porque en él se halla ser, como en los elementos; y vida, como en las plantas; y sentido, como en los animales; y entendimiento y libre albedrío, como en los ángeles"...

v. 696 *¿Por qué? Quizá porque más venturosa*... Este endecasílabo, para caber en la forma común ac. en la 6ª sílaba, tendería que agudizarse su "porque", (tal como si fuese otro "por qué"...). Leído obviamente, en cambio, resulta "dactílico" o "de gata gallega", con sus netos acentos en 4ª y 7ª (Cfr. lo anot. al núm. 69, v. 8, donde hay otros innegables: "al cuello dulces cadenas mis brazos"...; "amantes señas de fino holocausto"...; "costosas galas de regios saraos"...). Ni obsta su unicidad en todo el *Sueño* (a más de lo anot. al v. 225), pues lo mismo ocurre en la "Fábulas". Leandro y Hero", de *Bocángel*, donde acaso no haya sino éste: "Nos unirá clandestino Himeneo"...

v. 699-703 Divino plan, éste de *compendiar* toda la Creación en la Naturaleza Humana que el Unigénito de Dios iba a tomar en unidad personal... Cfr. *Mons. Bouquard*, "El Cristianismo y los tiempos presentes", Barcelona, 1907, t. III, parte II, c. v: "Suponed que, para unir más estrechamente a Dios toda la Creación, la angélica y la corpórea, plaza al Verbo asumir, en la unidad de su Persona, alguna naturaleza creada"... Ninguna elegirá más armoniosamente que la del hombre: "allí donde hay un mundo; allí donde el espíritu y la materia se hallan unidos. Tomará ambos, haciéndose hombre, y pondrá al cielo y la tierra en unidad"... Muchos teólogos (S. Alberto Magno, Alejandro de Alés, Escoto y Suárez, etc.) suponen el decreto de la Encarnación aun cuando Adán no pecara: no como Redención, sino como Coronamiento de la Creación... Tal escribe, con ellos, *S. Francisco de Sales*: "Este Hombre-Dios fué el primero en la intención divina"... ("Traté de l'amour de Dieu", II, c. 5). *Fray Luis de León*, por su parte, en "Los Nombres de Cristo" (I, I), al explicar el de "Pimiento o Fruto", dice: "Aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la Unión personal propiamente, en cierta manera también, al juntarse Dios con ella, es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como medio entre lo espiritual y lo corporal, que con-

tiene y abraza en sí lo uno y lo otro, y por ser, como dijeron antiguamente, un menor mundo, o un mundo abreviado... Dios, a fin de hacer esta Unión bienaventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece y se esconde... El fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo, fué por sacar a luz este compuesto de Dios y hombre, o por mejor decir, este juntamente Dios y Hombre... Esto es ser Cristo fruto... para cuyo nacimiento crió primero Dios las raíces firmes y hondas de los elementos y levantó sobre ellas esta grandezza del mundo, con tanta variedad como si diésemos de ramas y hojas"... Sobre el giro del v. 695, cfr. *Góng.*, Sol. II, 662: "¿Por qué? Por escultores quizá vamos"...—Y de esa *nunca bien sabida o mal correspondida merced*, cfr. *Sor. J.* en sus "Ejercicios"... de la Encarnación (día de la Fiesta): "¿Qué ojos no se humedecen al repetir: El Verbo se hizo Carne!... ¡Oh Unión, para nosotros la más feliz, de Dios y el hombre!... ¿Cuándo te sabremos conocer? ¿Cuándo corresponderemos a tal fineza?"...

v. 707-10 *La más pequeña... parte... de los efectos naturales*... Cfr. *Sor. J.*, "Resp. a Sor. Fil.": "Porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *Me fecit Deus* (Dios me hizo), no hay alguna que no pisme el entendimiento"... Así ella "nada vela sin refleja", ni las líneas de su "Dormitorio", ni el "trompillo" o los "alfileres" de las niñas; y perseguía "secretos naturales" aun en los huevos fritos y en el almibar... "Yo suelo decir, viendo estas cosas: Si Aristóteles hubiera gustado, mucho más hubiera escrito"...

v. 712-729 *Sor. J.* se pasama ante cualquier arroyuelo que asoma y que vuelve a desaparecer para resurgir adelante, etc.; pero ahúde, concretando, a *Atelua*: Ninfa de Acaya, que perseguía por el río Alfeo, enamorado de ella, imploró a Diana y fué trocada en una fuente y tragada por la tierra, para sólo tomar a la luz en Sicilia, donde notició a Ceres cómo—en su viaje subterráneo y submarino, por "las más hondas cavernas" del "abismo estigio" ("Subter imas cavernas...; Stygio gurgie")—había visto a su hija Proserpina, raptada por Plutón para esposa suya y Reina del Infierno... (*Ovid.*, Met. V, 487-508 y 572-641).

v. 723 Cfr. *Góng.*, Polif., oct. 20:

sobre la mimbre que tejió *prolija*,
si arthreosa no, su honesta *hija*...

y en las *Soledades*, reiteradamente se acuerda "del bello de la Estigia Diedad robo" (II, 793): cfr. aquí, nota al v. 53.

v. 732 De la *frágil* hermosura de la flor, cfr. el maravilloso Soneto de Sor *J.*: *Rosa divina*... (núm. 147).

v. 736 *escarrolado*: "lo que está hecho y torcido como las escarrolas (o lechugas, o chicorias), que también se dice *alechugado*, y se usó mucho en los cuellos abiertos con moldes"... (*Dicc. Aut.*, cit. a *Cervantes*, *Quij.*, II, 44; "sus cuellos han de ser siempre escarrolados"...).

v. 710 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 736-8: del botón de la rosa,

las cisuras *cairela*
un color que la púrpura que *cela*
por brújula concede vergonzosa...

v. 713 de dulce herida de la Cipria Diosa...: de la sangre de Venus.
Cfr. *Rioja*, "A la Rosa":

bañote en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas...

—Y *Góng.*, Sol. II, 271:

la ave lasciva de la Cipria Diosa...

—Y *Lope*, "La Rosa Blanca":

Nació encarnada del rubi sangriento
que de Venus vertió la planta herida...

v. 718 Cfr. *Góng.*, Polif., oct. 14:

o púrpura nevada, o nieve roja...

v. 753-4 el más activo / veneno...: el *Solinán*: "azogue sublimado, Hydrargyrum"... (*Dicc. de Aut.*); y cfr. *Quevedo*: "Pereciéndose de risa / tras los espejos se anda, / viendo cómo el Solinán / muy de pinta monas campá"...—O, acaso, el "*Albayalde*: la substancia del plomo, que, metido en vinagre fuerte, se disuelve y evapora en polvo, a manera de cal, blanquísimo"...; y cfr., en el *Dicc.* cit., el refrán: "Acudid al cuero con el albayalde, / que los años no se van en balde"...

v. 757 y ss. En tan insaciable deseo de saber ardió Sor Juana desde niña; y aun al convento "traje... esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dió el Cielo...: estudiar y más estudiar"; aunque ahora, "dirigiendo siempre los pasos de mi estudio a las cumbre de la Sagrada Teología, pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las Ciencias y Artes Humanas"... Y esas vicisitudes de *impetu y desdén* que aquí analizó y cantó, las vivía ella misma: "A mí, no el saber (que aun no sé), sólo el desear saber me ha costado tan grande [esfuerzo y fatiga], que pudiera decir con mi Padre San Jerónimo...: Mi conciencia me es testigo de cuánto trabajo he gastado, de cuántas dificultades he sufrido, de cuántas veces me desespere, y de cuántas veces he desistido y con nuevo entusiasmo recommenzado"... (*Resp. a Sor Filotea*).

v. 769 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 919: "que vuestras vacas, tarde o nunca heridas"...; II, 398: "cuyas rocas / tarde o nunca pisaron cabras pocas"... el "comprehendo"; oct. 8: "o tarde, o mal, o en vano"...—*Comprehendo*...: "comprehendo"; latino, se iba ya abreviando en nuestro actual "comprendo"; y Sor J., aun con aquella grafía, a menudo funde esas sílabas (vv. 459, 595...),. Pero aquí: "comprehender"...; y cfr. *Carlevaro*, Egl. I, v. 166: "que mayor diferencia *compre-hendo*"...

v. 774-5 *Atlante*, o "Atlas": el gigantesco hijo de Japeto, trocado por Perseo, con la cabeza de Medusa, en ese Monte que "creció inmensamente y sobre el cual descansó el Cielo con todas sus estrellas"... (*Orinda* Met., IV, 630-661).—Y *Alcides*: Hércules.

v. 786 del claro joven... del ardiente carro...: cfr. *Góng.*, Sol. I, 475; llamando a la Nao Victoria "ésmulo vago del ardiente coche"...; o Sol. I, 662, a un cohete incendiario, "de nocturno Faetón carroza ardiente"...—*Joven*, fue voz típicamente gongorina, de las betadas por Quevedo y otros.—Y de *Faetón*, a quien su padre Apolo se vió obligado a dejarle guiar su carro (el Sol), cuyos desbocados corceles ígneos amenazaban incendiar el Orbe, por lo que Júpiter hubo de fulminarlo, precipitándolo al río Po, cfr. *Orinda*, Met. II, v. 32-328.

v. 792-4 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 446-9: "No le bastó... / con tantas del primer atreimiento / señas...; para con éstas...; / temeridades entrenar segundas"...

v. 797 Cfr. *Góng.*, Sol. I, 397-9: "...la que sella / *cerúlea tumba fría* / las cenizas del día"...—Ya aquí, antes, v. 88: "cerúlea cuna"...; y tal epíteto, predilecto de *Góng.*, en Sol. II, 819, Polif. oct. 16, etc.

v. 805-810 La misma alusión a *fecaro*, en *Góng.*, Sol. II, 141-3 y 148-9: "Audaz mi pensamiento...; / de sus vestidas plumas / conservarían el devanecimiento / los anales diáfanos del viento"...; pues las ajetnas catástrofes gloriosas más bien seducen a la emulación, "solicitando en vano / las alas sputar de mi osadía"...—Cfr. lo anot. al v. 467; y el gran Soneto italiano que, como "de *Giordano Bruno*, o de otro autor anonimo" del xvi, copia *De Sanctis* en su "Storia della Letteratura Italiana", cap. XIX: "La Nueva Scienza" (ed. de Nápoles, 1921, vol. II, p. 212):

"Poi che spiegate ho l'ali al bel desio,
quanto più sott'il piè l'aria mi scorgo,
più le veloci penne all'aria porfego,
e spreggio il mondo e verso il ciel m'invio.

Nè del faglinol di Dedalo il fin rio
fa che più pieghi, anzi via più risorgo.
Ch'iscadrò morto a terra, ben m'accorgo;
ma qual vita pareggia il morir mio?

La voce del mio cor per l'aria sento:

—Ove mi porri, temerario? China,
chè raro è senza duol tropp' ardimento.

—Non temer, rispondio, l'alta ruina:
fendi sicur le nubi, e muor' contento,
se il ciel si illustre morte ne destina."

v. 810 "caracteres", (ya aquí, grave, y no esdrújulo como en *Calderón*): letras... Y cfr. *Góng.*, Sol. I, 616: "caracteres tal vez formando alados"...

v. 813-15 Cfr. *Góng.*, Sol. II, 654-6: "político rapaz, cuya prudente / dis-

posición especuló *estadista* / clarísimo ninguno".... (Claro que no se trata de ningún "político rapaz" de hoy; sino de ese "rapaz", o niño, arcana-mente "político" o *sagez*, que es Amor...) —Y el mismo Góng, Sol. I: "político serrano" (371) y "política alameda" (529).

v. 841 "de la unión entre el *humedo* y *ardiente*"....: cfr. lo anot. al v. 245.

v. 830-833 "El sueño —defnía *Aritidales*—, es la impotencia de la parte sensitiva causada por el subir al cerebro los vapores de la digestión"....; y "el despertar ocurre cuando ha terminado".... (S. Tomás, "De Somno et Vigilia", de Arist., lect. V y VI: en "Opera Omnia", ed. Fretz-Vivès, París, 1875, t. 24).

v. 864 Cfr. Góng, Sol. I, 245-6: "*dulcemente impedido* / de canoro instrumento"....

v. 873 La *Interna Mágica* —novedad entonces flamante— la acababa de ilustrar su probable inventor, el P. Kircher, en su "Ars Magna lucis et umbræ", Roma, 1646; y cfr. lo anot. al núm. 50, v. 182, y al núm. 103, v. 3.

v. 887 Cfr. Quevedo, son. al Sol (Astrana, p. 20):
el padre ardiente de la luz del día....

v. 890-94 Cfr. Góng, Sol. I, 639 y 643-4:

Lo que al Sol para el lóbrego *Occidente*....
cuando a nuestros *anipodas* la *Aurora*
las rosas gozar deja de su frente....;

y Sol. II, 603: "al *tramontar* del Sol"....; y Sol. I, 62-3: "rayos... *trémulos*"....

v. 888 Cfr. Góng, Sol. II, 394-5: "... huyendo la *Aurora* / las canas de *Tión*"....

v. 899 y ss. *Amazona*....; *contra la Noche armada*....: la *Aurora* en *metáfora de guerra entre el Día y la Noche*, fué común (alegorizando a la Purísima) en los Villancicos del XVII. Cfr., vgr., unos Anónimos de la Navidad, Méj, 1691, en "Poetas Novohispanos", III, p. 125.

v. 891 Cfr. Sor J., "Loa a Carlos II" (en su *Teatro*): "Dente en clarines *de pluma* / la enhorabuena las aves"....; y el "diestros (*aunque sin arte*)", recuerda los pajarrillos de Fray Luis, "con su cantar sabroso, *no aprendido*"....

v. 894-5 "a la fuga ya casi *cometiendo*, / más que a la fuerza, el modo de salvarse"....: en su sentido latino de *encomendando*....—Y, cfr. Góng, Sol. I, 490-1:

la fera....; *cometiendo*
ya a la violencia, ya a la fuga, el modo
de sacudir el asta....

v. 841 Cfr. Góng, Sol. I, 181: "rayó el verde obelisco de la choza"....; y II, 33: "los escollos el Sol *rayóba*, cuando"....

v. 910 Cfr. Góng, Sol. I, 617: "en el *papel* diáfano del cielo"....

v. 868 Esta *luz judiciosa* del Sol nos anticipa el "*Midi le justie*" de "Le Cimetière Marin", de Paul Valéry, v. 3.

v. 974 Cfr. Góng, Sol. II, 905-8:

resituyen el día
a un girifalte, boreal arpia,
que despreciando la mentira nube,
a luz más cierta sube....

PROSIFICACIÓN

I.—LA INVASIÓN DE LA NOCHE

UNA SOMBRA funesta (o funebre) y piramidal, que parecía nacer de la tierra, encaminaba hacia el Cielo la altiva punta de sus vanos obeliscos (*vanos*, por ser de sombra y por fallar su intento), como si pretendiese subir hasta las Estrellas. Pero las luces de éstas —siempre rutilantes y libres de aquel asalto— burlaban la tenebrosa guerra que con negros vapores les declaraba la misma Sombra impalpable, "fugitiva" ante el tacto. Quedaban las Estrellas, en efecto, aún tan distantes y remontadas, que el atezado ceño (la negra cólera) de la Trinebla, ni siquiera llegaba al "convexo" (o sea, a la superficie exterior) de la Estera de la Luna,—la Diosa que es tres veces hermosa, con sus tres hermosas "fases", o *faces*—, y sólo dominaba en nuestra atmósfera sublunar, cuya diáfandad empañaba como con un denso vaho. Pero "contenta" (o limitada) en tal imperio, que ella misma tomaba silencioso, no le consentía más rumor que las voces asordínadas ("sumisas") de las Aves nocturnas, tan oscuras y graves, que parecían no interrumpir el silencio.

25 Con tardo vuelo y canto —desapacible para el oído, y más para el ánimo—, la avergonzada Nictimene (la Lechuza, que fué una doncella de Lesbos, metamorfoseada en tal ave en pena de un infando delito) acecha o espía los resquicios de las puertas sagradas de los Templos, o los huecos más propicios de sus altas claraboyas, que puedan ofrecerle capaz entrada; y cuando acaso logra penetrar, se aproxima —sacrillega— a las sacras lámparas de llama perenne, que ella apaga o extingue, si ya no es que la "infama" con peores irreverencias, consumiendo o bebiéndose su aceite: la materia crasa—o la "grasa"—, convertida en claro licor,

que había suministrado el árbol de Minerva (el Olivo), como un sudor congioso y un tributo forzado, cuando sus acetunas fueron exprimidas bajo el peso de las prensas.

39 También aquellas tres doncellas Tebanas —las hijas de Minias, que increídas de la deidad de Baco, en vez de acudir a sus cultos, proseguían laboriosas sus tejidos y se entretienen en narrarse las leyendas de Piramo y Tisbe o de Marte y Venus, por lo que el Numen arrasó su casa, convirtió sus telas en hiedras y pámpanos, y a ellas las metalforosó en Murtcláagos—, forman ahora como una segunda niebla (como una nueva obscuridad dentro de la obscuridad), temiendo ser vistas aun en medio de las tinieblas, por su triste aspecto de aves con alas pero sin plumas. A tales tres Hermanas temerarias, que así desafiaron a Baco trabajando en sus fiestas, su castigo tremendo les dió unas alas de parda y desnuda piel, tan ridículas que son mota aun para las Aves Nocturnas más horribles. Y éstas, en compañía con el Bubo (Ascálfao, el indiscreto espía de Plutón, que por haber delatado una mínima falta de Proserpina se convirtió en esta Ave, que ahora sirve a los agoreros de supersticioso indico), componían, ellos solos, la “no canora Capilla”, el ríspido Coro de la Noche, mezclando sus varias notas —“máximas”, “negras”, “longas”— con sus aun más frecuentes pausas, y tal vez aguardando el torpe avanzar de la perezosa “mensura” o ritmo —de “porporción mayor”— que con movimiento flamático les marcaba el viento: ritmo de tan detenido y tarde compás, que entre una y otra “batuta”, el propio viento se quedaba a veces dormido.

65 Así, pues, este triste rumor, cortado por pausas (o “intercadente”) de la turba “asombrada” (antrebrecida y pávida: de sombra y asombro), y al mismo tiempo “temerosa” (o capaz de intimidir temor), no despertaba la atención, sino más bien inspiraba somnolencia. Su música lenta y “obtusa” (nada “aguda”), inducía al sosiego y convidaba al reposo de los miembros, de igual modo que la Noche—como un silencioso Harpócrates, la deidad egipcia y griega que sellaba con un dedo sus labios— intimidaba el silencio a los vivientes...: a cuya precepto impertoso, aunque “no duro” (pues que es tan suave acatarlo), todos obedecieron.

II.—EL SUEÑO DEL COSMOS

80 Sosegado ya el viento, y dormido el can, éste yace, y aquel—en absoluta quietud—no mueve ni aun sus propios átomos, temiendo hacer, con su ligero susurro, algún sacrilego rumor que, aunque mínimo, profane o viole la sagrada calma nocturna... El Mar, apaciguado, su turbulencia, ni siquiera mecha sus olas, que son la azul y móvil cuna en que duerme el Sol... Los Peces, siempre mudos, y ahora dormidos en sus lamosas grutas submarinas, eran mudos dos veces... Y no muy lejos de ellos, igualmente dormían los Pájaros Marinos, como Alción —la antes hermosa hija de Eolo—, que había transformado en peces (cautiviéndolos con las redes de su amor) a sus incautos amantes, y que luego—siendo ya esposa de Céix o Ceico, rey de Tracia, y arrojándose desde la

costa sobre su cadáver náufrago—, fué metamorfoseada, igual que él, en Alción o Martín Pescador (con desventura en que pudiera verse una “venganza” o castigo de sus juveniles crueldades).

97 En los escondrijos del monte y en los cóncavos huecos de las ruinas de peñas—defendidos por la fragosidad de su altura, pero aun mejor asegurados por la obscuridad de su interior, capaz de hacer juzgar a mediodía que es de noche, y todavía incógnita hasta para el seguro pie montañés del cazador más experto—, yacía también dormido todo el vilgo de los Brutos, depuesta u olvidada su ferocidad o su timidez, pagando a la Naturaleza el universal tributo del sueño, impuesto por su poder. Hasta el León, el Rey de los Animales—de quien fabulaban los viejos Naturalistas que dormía sin bajar los párpados—, él tampoco dejaba de dormir, aunque “afectando vigilancias” (o sea, fingiendo velar), con los ojos abiertos.

113 El que fué antaño Príncipe glorioso,—el cazador Acteón, que por sorprender a Diana y sus Ninfas en los estanques del Eurotas, fué trocado en Ciervo y desgarrado por su propia jauría—, convertido ya en tímido Venado, también duerme en la selva; pero, “con vigilante oído”, mueve una u otra de sus aguzadas orejas al más imperceptible temblor que agite los átomos del aire tranquilo, y escucha aquel ligero rumor, que aun entre el sueño lo sobresalta... Y recogida en la quietud de sus nidos—frágiles y móviles hamacas, que formó con lodo y brozas, en lo más espeso y sombrío del bosque—, duerme la “leve turba” (la voladora muchedumbre) de los Pájaros, mientras el Viento mismo también descansa del tráfigo con que durante el día lo corran sus alas...

129 El Águila, el Ave noble de Júpiter—por no entregarse entera al reposo, que (como Reina que es de los pájaros) considera vicio si pasa de lo indispensable, por lo cual vive cuidadosa de no incurrir en culpas de omisión, por falta de vigilancia—, confía su entero peso a una de sus patas, apoyada toda en sólo ella, mientras que con la otra mantiene levantada una piedrecilla, que le servirá de reloj despertador al despertarse apenas dormite, para que así, cuando no pueda menos de caer por algún instante en el sueño, éste no pueda dilatarse, sino que al punto se lo interrumpa su regío deber de la vigilancia pastoral. ¡Oh gravosa carga de la Majestad (duro deber anexo a la Autoridad), que no permite ni el menor descuido, siendo esta acaso la razón que ha hecho—por misterio o símbolo— que la corona sea circular, significando, en su cerrado círculo dorado, que el afán y desvelo del buen gobernante debe ser no menos continuo!

147 El Sueño en fin, se había ya apoderado de todo; todo lo dormitaba ya el silencio: hasta los saltadores nocturnos dormían, y hasta los trasmochadores amantes ya no se desvelaban.

III.—EL DORMIR HUMANO

151 Ya casi iba pasando el "contorcio", y la noche iba a su mitad, siendo ya presa del sopor los miembros fatigados de las duras tareas y no sólo oprimidos por el peso del trabajo corporal, sino también cansados del delirio,—puesto que todo objeto continuado, aun el más delirioso, acaba por fatigar los sentidos, porque la Naturaleza pide siempre alternar el reposo y la actividad, como inclinándose alternativamente ya uno o ya otro de estos dos platillos de esa balanza (de ese "fiel infiel": fiel por lo ordenado, e infiel por su alternada inclinación a uno u otro de ambos extremos), con que rigé y mantene en equilibrio la "aparatoso máquina" del mundo, su espléndida y compleja organización.—Entonces, dominados ya los miembros por el dulce y profundo sopor, los sentidos quedaron, si no privados por siempre, sí suspendidos (temporalmente) de su actividad ordinaria—que es trabajo, aunque amado, si es que hay amable trabajo—; y con ello, quedaron en quietud, cediendo ya al Sueño—imagen o retrato de la Muerte—, el cual, arrebatado lentamente, embiste cobarde con sus armas soñolientas, y con ellas vence (no ya violento, sino perzoso) a todo hombre, desde el más humilde pastor al altivo rey, sin hacer distinción entre el sayal y la púrpura, puesto que su raserio no conceptúa como privilegiada a persona alguna, desde el Papa (cuya tiara suprema se forma de tres coronas) hasta el labradorcillo que vive en una choza de paja, y desde el Emperador (cuyo palacio dora el caudaloso Danubio) hasta el ínfimo pescador que pernocta bajo un techo de pobres juncos. Muerte, en efecto,—imagen poderosa de la Muerte, también en esto—, mide con siem-pre igual vara o medida los tejidos más burdos y los brocados.

192 El Alma, pues,—suspendida o descargada del gobierno exterior y del material empleo de las actividades sensitivas, en cuya ocupación da el día por bien o mal gastado—, ya ahora (en cierto modo alcejada, ya que no separada enteramente, de los lánguidos miembros y de los huesos sossegados, oprimidos por la muerte temporal que es el Sueño), únicamente les suministra los dones del calor vegetativo, siendo entonces el cuerpo, en esa quietud, como un cadáver con alma, muerto si contamos su estado con el de la vida normal, aunque vivo si lo contamos con la muerte absoluta: manifestando señas de dicho persistir de ese reloj humano—el corazón—, que con los tranquilos y armoniosos latidos de sus arterias, ya que no con manecillas, da unas pocas muestras de su bien regulado movimiento.

210 Al Corazón, además,—rey de nuestros miembros, y centro vivo de nuestros espíritus vitales—, se asocia en esto el Pulmón, ese fuelle respirante que es como un imán que atrae el aire a nuestro interior, y que ora comprimiendo, ora dilatando el flexible acueducto de musculos que es nuestra garganta, hace que en él reselle el aire fresco que inhala de la atmósfera circundante, y que luego expela una vez que se ha calentado, el cual se venga de su expulsión robándonos cada vez un poco de nuestro calor natural y de nuestra vida: robos pe-

queños, que ahora ni siquiera sentimos, pero que nunca se recuperan y que vendrá algún tiempo en que los lloremos, pues no hay "robo pequeño"—o desdñable y venial— cuando éste se repite muchas veces (ni menos cuando se hace a cada instante, día y noche, por toda la vida).

226 El Corazón y los Pulmones, como decíamos,—testigos ambos sin tacha—, aseguraban la persistencia de la vida. Pero impugnaban esta información (aunque con voces mudas y sin aducir otro alegato que su silencio) todos los sentidos callados e inoperantes; e igualmente la lengua, por el hecho mismo de no poder hablar, también desmentía a aquellos, reducida a torpe mudéz. A favor de la vida, sin embargo, militaba además otro testimonio: el de la rras competente o maravillosa oficina científica del calor, y próvida dispensera de todos los miembros, que—jamás avata y siempre diligente— no prefere a las partes del organismo más cercanas a ella, ni olvida a las más remotas, sino que procede como si tuviera rigurosamente anotada la ración que a cada una debe tocarle en la distribución del "quilo" que el incensante "calor natural" ha destilado de los alimentos: del manjar que—como piadoso medianero—interpuso su inocente substancia entre ese "calor" y el "húmedo radical", pagando él por entero la compasión o la necia temeridad con que la expuso al peligro, según suele acontecer (por mercedido castigo, si ello era ocioso), a aquél que se entremete en riña ajena y sale golpeado.

252 El Estómago, pues,—esa templada hoguera del calor humano, en la que se cuecen los alimentos, ya que no se forjen allí los rayos, como en la herrería de Vulcano—, enviaba al Cerebro los vahos de los "cuatro humores" que mutuamente se tiemplan: vapores húmedos, mas en esta ocasión tan claros, que con ellos no sólo no empañaba u opacaba las divinas imágenes sensoriales que la facultad "estimativa" (o sea, aquí, la "central" de los sentidos exteriores) transmite a la "imaginativa", y que ésta—más clarificadas—entrega, para que las atesore más fielmente, a la "memoria", quien diligente las esculpe en sí y las guarda tenaz; sino que esos vapores, de tan claros, dejaban desahogo a la "fantasía" para sus nuevas creaciones.

IV.—EL SUEÑO DE LA INTUICIÓN UNIVERSAL

266 Al modo que en el terso espejo del Faro de Alejandría—cristalina maravilla y amparo peregrino de aquella isla de Faros—, se veían a inmensa distancia de casi todo el reino de Neptuno (sin que esta lejanía lo impidiese) las naves que remotas lo surcaban, distinguiéndose claramente el número, el tamaño y la fortuna que esos arriesgados navíos tenían en la movediza llanura transparente, mientras sus velas leves y sus pesadas quillas se abrían camino entre los vientos y las aguas; así, de igual manera, la Fantasía, tranquila, iba copiando todas las imágenes de las cosas, y—con mentales colores, luminosos aunque sin luz— su pincel invisible iba trazándose no sólo las efiges de todas las criaturas sublunas o terrestres, sino también las de aquellas otras que son como unas claras estrellas intelectuales—los espíritus puros y los conceptos abstrac-

tos—, pues hasta donde cabe para ella la aprehensión de lo invisible o inmaterial, la propia Fantasía las representaba en sí, por ingeniosos medios, para exhibirlas al Alma.

292 El Alma misma, entre tanto, reconcentrada toda ella en una como intuición de su propio ser espiritual y su esencia hermosa, contemplaba esa centella o chispa de Dios que goza dentro de sí, por participación que El mismo le dió, al haberla creado a Su semejanza. Juzgándose, además, casi desatada de la cadena del cuerpo, que la tiene siempre ligada y que grosera y torpe le dificulta el vuelo intelectual con que ora mide la inmensidad del firmamento, ora estudia el armonioso y a la par variadísimo giro de las estrellas,—especulación astronómica que, cuando degenera en la "Astrología Judicial", al querer vanamente predecir los futuros libres, es una grave culpa y lleva en sí su justo castigo, siendo un cruel torcedor que le roba al hombre la paz—; el Alma, digo, (creyéndose casi una "Inteligencia separada", al modo de los Angeles), se veía puesta, a su parecer, en la cumbre altísima de una Montaña tal, que junto de ella era un obediente enano el Monte Atlas que preside a todos los otros, y ni siquiera merecía llegar a ser su falda el Olimpo—cuya serena frente descuellaba sobre las tempestades, sin que la violenta más elevado o del más soberbio entre los Volcanes que parecen gigantes que asaltan al Cielo y le intiman guerra, apenas si señan una densa faja de su enorme cintura, o un tosco cingulo que, mal ceñido a ella, el viento lo sacude y lo desata, o que el calor del Sol, allí más próximo, lo disipa, como bebiéndosele....

327 De tal Montaña, pues, aun a la zona más inferior—o sea, al tercio primero de su espantable altura—, jamás pudo llegar el raudo viento del Águila, que se encumbra en el Cielo y que le bebe los rayos al Sol, ávida de andar entre sus fulgores: y esto, aunque ha pretendido, tratando por la escalera del aire, que sus dos alas "rompan la inmundicia"—o pasen los linderos inviolables—de aquella cumbre, y por más que ha esforzado como nunca su brío, ya batiendo sus dos velas de pluma (sus alas mismas), ya peinando la atmósfera con sus garras (como nadando en el viento).

V.—"INTERMEZZO" DE LAS PIRÁMIDES

340 Las dos Pirámides—ostentaciones de Menfis (vano, o envanecido por ellas) y esmero máximo de la Arquitectura, si es que no ya pendones (sólidos, en vez de tremolantes)—, cuya eminencia, coronada darte que pregona al viento y a las nubes, cuando no al propio Cielo, las glorias de Egipto que ni la Fama podía cantar, enmudecida ante su muchecumbre, y las proezas de Menfis, su siempre vencedora y magna Ciudad, que hoy es el Cairo, de esta manera impresas en el viento y el Cielo;

354 estas dos moles, cuya estatura se elevaba con tal arte alirse adelgazando (y así "aumentaba", en armoniosa simetría, al "disminuirse"),

que, cuanto mas se encaminaba al Cielo, desaparecía entre los vientos a los ojos, que la miraban, aunque fuesen de lince, sin permitirles mirar la fina cúspide que parece tocar el primer orbe—o la celeste esfera de la Luna—, hasta que ya rendida la mirada por el pasmo, y no bajando poco a poco, sino despenándose de tal excecitud, se hallaba al pie de la extendida base, sin recobrase de pronto, o recobrándose mal, del vértigo que fue grande castigo de la voladora osadía de los ojos;

369 estas construcciones cuyos cuerpos opacos, no contrarios al Sol, sino avenidos con sus luces y aun condecorados con él (como limifrotes que eran), se veían tan íntegramente bañados por su resplandor, que—iluminados siempre en todas sus caras—nunca ofrecieron al fatigado aliento y a los débiles pies de los caminantes acalorizados la alfombra menos cálida, no ya digamos de una sombra, por pequeña que fuese, mas ni siquiera de una señal de sombra....;

379 éstas, pues,—prescindiendo de que hayan sido meros monumentos civiles: "glorias de Egipto", o de que hayan tenido una función idólatrica: "bárbaros jeroglíficos de ciego error"—, se revisen de un honrado simbolismo en Homero: el dulcísimo y también Ciego vate de Grecia (salvo que, por narrar las gestas de Aquiles y las astucias bélicas de Ulises, lo reclame por suyo el gremio de los historiadores, para aumentarle a su catálogo "más gloria que número", valiendo él solo por muchos); de cuya dulce serie numerosa de versos—"numerosa", por tantos y por armoniosos—, sería más arduo el robar un solo hemistiquito de los que le inspiró Apolo benigno, que no el arrebatarse su fulminante rayo al templo Júpiter, o su pesada y férrea clava (o macana) a Hércules.

399 Según el aludido sentir de Homero, efectivamente, las Pirámides sólo fueron símbolos materiales, signos extremos, de las dimensiones interiores que son especies intencionales del Alma—esto es, de la "actitud del espíritu humano"—: pues como la ambiciosa llama ardiente sube al Cielo en punta piramidal, así el Alma trasunta esa figura, y siempre aspira a la Causa Primera, que es el Centro al que tienden todas las líneas rectas (toda verdad y todo justo anhelo), y la Circunferencia infinita que en Sí contiene—virtual y eminentemente—todas las ciencias.

VI.—LA DERROTA DE LA INTUICIÓN

412 Estos dos Montes artificiales, por tanto,—estas dos maravillas, y aun dijérase que milagros—, y aun aquella blasfema y activa Torre de Babel, de quien hoy (no ya en escombros de piedra, sino en la variedad de las lenguas, más indeleble a través del tiempo que todo lo devoró), son todavía señales dolorosas los idiomas diversos que dificultan el so-cialable trato de las varias razas y naciones, haciendo que por sólo la extraneza idiomática parezcan diferentes los hombres que hizo unos—esencialmente iguales—la Naturaleza....; las Pirámides, digo, y aquella Torre, si se comparan a la excelsa Pirámide Mental en donde el Alma se miró situada, sin saber cómo, quedarían rezagadas tan abajo—tan inferiores en ese vuelo hacia lo alto—, que cualquiera juzgaría que la cima de esta Pirámide Mental era ya alguna de las Esferas celestes, pues el ambicioso

anhelo del Alma, encumbrándose en su propio vuelo, la alzó hasta la parte más excelsa de su mismo espíritu, tan remontada sobre sí misma, que se le figuraba haber salido de sí y pasado a alguna nueva región.

475 Desde tamaña altura, casi incommensurable, el Alma —la suprema Reina soberana de los sublunar, poseída a la vez de júbilo, suspensión, asombro y orgullo—, sin tener la distancia ni recelar de algún obstáculo opaco que interpusiera le oculte objeto ninguno, tendió la vista peritcaz de sus bellos ojos intelectuales —libre de todo embarazo de "anteojos" u otros administrativos—, en la libre visión de todo lo creado: cuyo inmenso conjunto o cúmulo inabarcable, aunque —manifesto a la vista— quiso dar señas de posible, no le dejó la mínima esperanza a la comprensión: la cual retrocedió cobarde, entorpecida con la sobra de objetos y excedida su potencia por la magnitud de los mismos. No con menos rapidez tuvo que revocar su intención, arrepenida del audaz propósito, la vista que —descomulgada— quiso en vano alardear contra el objeto que sobrepaja en excelencia a las pupilas: contra el Sol, digo, —el cuerpo luminoso—, cuyos rayos, despreciando las fuerzas desiguales que lo desafiaban, son la pena de fuego que castiga ese audaz ensayo, presuntuoso antes y después lamentado: imprudente experiencia, tan costosa, que (como Ícaro pagó su osado aproximarse al Sol, ahogándose en el mar al derretirse sus alas de cera), así a este otro Ícaro pequenuelo, que trató de mirar al Sol, lo anegó el propio llanto en que hubo de deslucarse.

469 El ojo, pues, que osó clavarle en el Sol, no desistió tan rápido de su osadía, como aquí se rindió el Entendimiento, vencido por la inmensa multitud de tan complejas y diversas especies —que entre todas eran como un pesadísimo globo terráqueo que debieran sostener sus débiles hombros—, no menos que pasmado por las cualidades de cada uno de tan incontables objetos, al grado de que —pobre en medio de tamaña abundancia, y por ella misma, y confusa su elección en las neutralidades de aquel mar de asombros, sin poder decidirse a atender más bien a una que a otra de tantas maravillas—, se encontraba ya a punto de naufragar ("equivoco", o sin norte) en aquellas olas. Precisamente por mirarlo todo, nada veía; y —embotado el Intelecto en tantas y tan difusas especies inabarcables que contemplaba, desde el uno hasta el otro de los ejes (o "polos") en que estriba la máquina giradora del firmamento—, no podía discernir, no ya digamos las partes sólo "perfeccionantes" del Universo (o sea, aquellas minucias accidentales que parecen tender únicamente a su ornato), mas ni siquiera las partes "integranas", que son como los miembros, armoniosamente proporcionados, de la misma estructura substancial de su enorme cuerpo.

495 Acacióle, en seguida, lo que a aquel a quien una larga obscuridad le ha robado los colores de los objetos visibles, que —si lo asaltan súbitos resplandores— queda más ciego con la sobra de luz, porque el exceso produce efectos contrarios en la débil potencia: el cual no puede recibir de nuevo la lumbre del Sol, por hallarse desahabado, y contra esas ofensas de la luz apela a las tinieblas mismas que antes le eran obscuro obstáculo de su vista, y una vez y otra esconde con su mano las

trémulas pupilas de sus débiles ojos deslumbrados, sirviéndole la sombra —ya ahora como piadosa medianera— de instrumento para que paulatinamente se habitara y recobrar, a fin de que después —ya constantes y sin desfallecer— ejerciten más firmes su operación. Recurso natural, éste de convertir el daño en remedio: sabiduría intuitiva, que —confirmada por la experiencia— pudo quizá ser el maestro sin palabras y orador ejemplar que indujo a los Médicos para que —dosificando escrupulosamente las secretas virtudes nocivas del veneno mortífero, ya por el sobrado exceso de sus propiedades cálidas o frías, o ya por las ocultas simpatías o antipatías con que operan las causas naturales, y logrando, al progresar en sus ensayos, ofrecer a nuestra suspensa admiración efecto innegable, aunque ignoremos su causa—, con prolijo desvelo y con atenta y reniradora experimentación (aguiatada primero, como nosotros peligrosa, en los brutos animales), descubrieran la provechosa confesión de los maravillosos contravenenos, —ambición la más alta de la ciencia de Apolo, el dios de la Medicina—, pues así es como el bien se saca a veces del mal.

540 No de otra suerte tuvo que acogerse a la sombra, y cerrar de pronto sus ojos, el Alma que se había quedado atónita por la visión de tamañó objeto: de todo el Cosmos. Recogió, por lo tanto, la atención, que —dispersa en tanta diversidad— ni siquiera lograba recobrarse del portentoso estupor que le había paralizado el raciocinio, sin dejarle sino apenas el informe embrión de un concepto confuso: porque éste —mal formado— exhibía sólo un caos de las revueltas especies que abrazaba, sin ningún orden ni en su unidad ni en su división; las cuales —mientras más se entrelazaban—, resultaban más incoherentes o incompatibles, por lo disimbolias, cñendo con violencia lo desbordante de objeto tan enorme a un vaso tan breve como es el de nuestro entendimiento (o el de uno de nuestros conceptos): recipiente ya escaso de por sí, hasta para acoger la idea exhaustiva de uno cualquiera, aun el ínfimo y más humilde, de tantos seres.

VII.—EL SUEÑO DE LA OMNISCIENCIA MÉTODICA

560 Recogidas, así, las desplegadas velas que inadvertidamente había conñado al mar tracionero y al viento que agitaba sus alas, creyendo hallar constancia en el viento instable y fidelidad en el sordo mar ("desatento" a todas las suplicas), aquella tempestad obligó al Alma, mal de su grado, a que encallara en la "mental orilla" —en la costa del océano del conocimiento—, regresando a su punto de partida con el timón des-trozado y con los mástiles rotos, y besando las asillas de su bajel las arenas de aquella playa; y en ella, recobrado el Entendimiento, le sirvió de "carena" (o sea, lo reparó y calafateó) la cuerda reflexión y tem-plada prudencia de un juicio discreto, que —refrenado en su misma actividad— estimó más conveniente el reducirse a algún asunto particular, o ir estudiando separadamente, grupo tras grupo, las cosas que se pueden sintetizar en cada una de las Diez Categorías en que las ordenó el arte lógica de Aristóteles: reducción metafísica que —captando las entidades genéricas en unas ideas o fantasías mentales donde la razón, al

abstraer lo esencial, se desentendiende de su materia concreta—, enseña a formar ciencia de los Universales (de los géneros y las especies). Conocer con una sola intuición nuestra incapacidad natural de poder concebir al otro, va dicho arte subiende grada por grada, y sigue el orden relativo del comprender unas cosas por su relación con otras, obligado por el limitado vigor del Intelecto, que fia sus progresos a un sucesivo discurso, y cuyas débiles fuerzas va robusteciendo con sabiduría la doctrina. Porque el continuo y largo—aunque atractivo—curso altivo—ya más fortalecido—al glorioso palio (o laurel) del más arduo empeño, ascendiendo los altos escalones, mediante su cultivo, primero en una y luego en otra facultad, hasta que sin sentirlo contempla la hermosa cúspide de la Sabiduría,—la dulce meta de su ya pretérito afán, y el dulce fruto de su siembra amarga, tan sabroso a su gusto que lo estima barato aun al precio de esas dilatadas fatigas—, y con pie valeroso, huella la erguida frente de tal Montaña.

VIII.—LAS ESCALAS DEL SER

617 Mi Entendimiento, pues, quería seguir el método de esta ordenada sucesión de actividades cognoscitivas: o sea, partiendo de los seres inanimados (o Minerales),—los menos favorecidos, por no decir que desvalorados, por la Naturaleza, que es la “causa segunda” que los produjo—, pasar después a la jerarquía, más noble, que—ya con vida vegetativa—es el primogénito, aunque grosero, de Thetis (o sean, las Aguas); les oprimió a sus fértiles pechos maternales las dulces fuentes de ese juego terrestre, que es el alimento dulcísimo para su natural nutrición; y jerarquía, ésa misma, que—adornada de cuatro operaciones contrarias—, ora atrae esas savias de la tierra, ora aparta cuidadosas lo que de entre ellas no le resulta asimilable, ora expelle esos elementos superfluos, y ora, en fin, convierte en su propia substancia las substancias más útiles de entre las que había acopiado.

639 Investigada ya esta jerarquía de los seres (los vegetales), proyectaba mi Entendimiento dar otro paso: profundizar otra más bella forma de vida (la sensitiva, o sea el Reino Animal), enriquecida de sentidos y—lo que es más—de imaginación, potencia capaz de aprehender las imágenes de los objetos y digna de provocarle envidia—ya que no de causarle afrenta— a la Estrella inanimada que centellea más luminosa, por más que luzca resplandores soberbios, pues aun la más pequeña y baja creatura, entre las vivientes, les lleva una envidiable ventaja (por este privilegio de la vida) hasta a los Astros más remontados.

652 Haciendo de esta ciencia de los cuerpos (inanimados y vivientes, vegetales y animales) el cimiento—aunque escaso—para una superior construcción, quería mi Entendimiento pasar después al supremo y maravilloso compuesto triplicado, que ordenadamente reúne tres acordes líneas,—el “Compuesto Humano”, que goza vida vegetativa, sensitiva

y racional—, y que es un misterioso compendio de todas las formas inferiores (mineral, vegetal, animal, espíritu y, en suma, un “Microcosmos” o “Universo simfónico”): bisagra engarzadora, o nexo y punto de encuentro, de la naturaleza pura que se eleva en el trono más alto (los Espíritus Angélicos), y de la menos noble y más baja de las creaturas (los cuerpos inánimes); ataviada no sólo con las cinco facultades sensibles—los sentidos del ver, oír, oler, gustar y tocar—, sino también ennoblecida con las tres facultades interiores—memoria, entendimiento y voluntad—, que son las recitres o dirigentes de nuestra vida propiamente humana (y, en cierto modo, de toda la Naturaleza a la que el hombre domina con su razón y su libertad), puesto que aquella Sabia y Poderosa Mano de Dios así la enriqueció, y no en vano, para que fuese la Señora de las demás creaturas del orbe: término de Sus Obras, círculo en que se juntan la tierra y el Cielo, última perfección de lo creado, y suprema complacencia de su Eremo (o “Terno”: Trino) Hacedor, y en quien, con satisfecho beneplácido, reposó (o dió por terminada la Creación) Su inmensa magnificencia; fábrica o construcción portentosa, que, cuanto más alta llega a tocar el cielo, el polvo—al que retorna por la muerte—le sella (o cierra) la boca: de quien pudo ser símbolo misterioso la sagrada visión que el Águila Evangélica—el Apóstol San Juan, autor humano del Apocalipsis—contempló en Patmos, la cual midió las estrellas y el suelo con iguales huellas, o bien aquella Estatua colosal que soñó el rey Nabucodonosor, que ostentaba la rica y alvíva frente hecha de oro, y que tenía por base la más desdenada y frágil materia—los pies de barro—, por lo cual se desahía con un ligero vaivén.

660 El Hombre, digo, en fin: maravilla más grande que cuantas hubiera podido discurrir o fantasear nuestra mente: síntesis absoluta (o cabal) que exhibe las perfecciones del Ángel y del bruto y de la planta, y cuya “altiva bajeza”—cuya fusión de lo alto y de lo bajo—participa de la naturaleza de todas las restantes creaturas. ¿Y esto, por qué? ¿A qué fin habrá querido Dios que la naturaleza humana fuera un “microcosmos” o compendio del Universo? Quizá porque ella, más feliz que todas, sería encumbrada hasta la propia personalidad del Verbo de Dios, gracias a la amorosa Unión Hipostática entre la naturaleza humana y la Naturaleza Divina, en la Persona única de Cristo, verdadero Dios y Hombre. ¡Oh merced inefable! ¡Oh gracia nunca bien penetrada, aunque tan repetida, pues que parecería que la ignorásemos, a juzgar por lo poco que la apreciamos o lo mal que le correspondemos!

IX.—LA SOBRIEDAD INTELLECTUAL

704 Por estos grados, pues,—el mineral, el vegetal, el bruto, y de éste, en fin, al hombre, al ángel y a Dios—, quería unas veces ir avanzando mi Entendimiento; pero otras, disenta (o desista), juzgando atrevimiento excesivo el que quisiera razonarlo todo, quien no entendía ni siquiera la parte más fácil y pequeña de los efectos naturales que más a mano tenemos.

Tal, en efecto, es el hombre, que no alcanza a explicarse el ignoto modo con que la fuente risueña—aquí, en concreto, la fuente Aretusa,

que nacida en Acaya, se hunde en el subsuelo, y reaparece, pasado el mar, en Sicilia—, dirige su carrera cristalina, deteniendo su marcha en ambages (o vueltas y revueltas), y registrando —clara “pesquisidora” o inspectora— esos oscuros tramos subterráneos que se creían en espantables senos de Plutón (los antros infernales), y las alegres praderías que parecen los amenos Campos Eliseos, que antano fueron el tálamo de la triforme esposa del mismo Rey del Averno (Proserpina o Perséfone: “triforme” por ser primero una doncella hija de Júpiter y Ceres, y luego —raptada ya por Plutón— medio año Reina de los Infernos, y el otro medio año Diosa de la Agricultura); curiosidad o inspección titil, aunque prolija, ésta de Aretusa, la cual dió informes seguros de su bella hija Proserpina, aún no recobrada por ella, a la rubia Diosa (su madre Ceres), cuando trastornando montes y selvas y examinando prados y bosques, iba buscando a la misma Proserpina, que era su vida, y perdiendo su propia vida por el dolor de no dar con su paradero.

730 Y he aquí —como otro ejemplo de que es una excesiva pretensión la del conocimiento universal para el hombre—, el hecho de que no sabemos siquiera, ante una pequeña flor, por qué es una figura de marfil la que circunscribe su frágil hermosura,—en una azucena—; o bien, por qué —en la rosa—, una exquisita mezcla de colores, confundiendo la grana entre la blancura del alba, le da fragante atavío; o por qué exhala esos perfumes de ámbar, y cómo despliega al viento su ropaje, más bello cuanto más delicado, que multiplica en sus frescas hijas innumerables, luciendo una rizada pompa, cairelada de dorados perfiles, que —rompiendo el blando sello de su capullo— ostenta con ufania los despojos o el botón de la dulce herida de la Cipriota Diosa (la rojez de la sangre de Venus), o bien, se apropia el candor del Alba y la púrpura de la Antrora, y, mezclado uno y otro de estos tintes, resulta un ampo de nieve purpúreo y un rosicler (o un rojo esmalte) nevado: tomasol —o color variable y complejo— que se atrae los aplausos del prado a los que aspira (como Reina de las flores), y que es también quizá el vano preceptor —maestro de vanidades—, y aun el profano ejemplo de la industria femenina (el arte de los cosméticos) que convierte el más activo veneno —el “Albayaide” o el “Solman”— en doblemente nocivo, haciéndolo también veneno espiritual, en el barniz de los aceites falaces y tentadores con que el cutis se finge resplandeciente.

757 Pues bien —se repetía mi tímida Razón—: si ante uno sólo de estos objetos (una fuente, una flor) se arredra el conocimiento y el raciocinio se aparta desalentado; si ante una aislada especie Particular, vista como independiente de las demás y considerada prescindiendo de sus relaciones, tiene que huir vencido el entendimiento, y la razón —asombrada— se arredra de tan ardua lucha, que se niega a acometer con valentía porque teme —cobardemente— no comprender jamás ese aislado objeto, o sólo comprenderlo “tarde o mal” (a costa de ímprobos fatigas y con mezcla de errores), ¿cómo podría esa misma faaca razón enfrentarse a todo el conjunto de tan inmensa espantable máquina (o sea la complicada estructura de todo el Cosmos), cuyo tremendo peso incomportable —si no estribar en su centro mismo, que es la Omnisapientia y

Omnipotencia de Dios— agobiaría las espaldas de Atlante y excedería a las fuerzas de Hércules, de suerte que el que fué bastante contrapeso del Cielo (cualequiera de estos dos personajes, que sostuvieron en sus hombros el firmamento) juzgaría menos pesada y grave esa mole, que la faena de investigar la Naturaleza....?

X.—LA SED DESENFRENADA DEL SABER

781 Otras veces, en cambio, más esforzado, mi Entendimiento se reprochaba como una cobardía excesiva el renunciar al lauro del triunfo aun antes de haber siquiera entrado en la dura lid, y volvía su atención al audaz ejemplo del claro, joven, Factone —altivo auriga del ardiente Carro del Sol—, y me encendía el espíritu aquel impulso excelso y valeroso, aunque desventurado, donde —más que el temor ejemplos de escarmiento—, el ánimo halla sendas aberturas para la osadía, las cuales —si una vez han sido trilladas— no hay amenaza de ningún castigo que baste a remover (o disuadir) el segundo intento, o sea la renovada ambición de la misma hazaña.

796 Ni el panteón profundo que halló Faetone al despeñarse en las aguas del Po —sepulcro azul de sus despojos ya calcinados—, ni el rayo vengador con el que Júpiter derribó a aquél mismo, o aquéllos otros con los que aplacó a los Gigantes ávidos de escalar el Olimpo, no lo gran commover, por más que le advierten su temeridad, al ánimo arrogante, que, despreciando el vivir, resuelve eternizar su nombre en su ruina. Cualquiera de esas catástrofes, por el contrario, es más bien un ejemplo pernicioso, un tipo y modelo, que engendra nuevas alas para que repita aquellos vuelos el ánimo ambicioso, que —convirtiendo el terror mismo en un nuevo halago que lisonja a la valentía, por la fascinación del peligro—, deletrea las glorias que conquistará si vence tamaño riesgo, entre los caracteres de la tragedia (en cuyos rasgos, como en otras tantas letras, parecería que no debiera leerse sino el escarmiento).

811 ¡Ojalá, pues, que —en semejantes audacias— jamás se publicara su castigo, para que nunca volviera a intentarse la misma culpable temeridad; sino que, por el contrario, un político (o prudente) silencio —como discreto gobernante— rompiera los autos y memorias de tal proceso; o bien disimulara, en fingida ignorancia, cual cerrando los ojos a esa especie de crímenes; o (a no poder dejarlos impunes) sólo secretamente castigara tales excesos de la petulancia, sin exhibir a las miradas del pueblo su ejemplo nocivo! La maldad, en efecto, de los extraordinarios delitos resulta peligrosa en su divulgación, de la que puede trascender un dilatado contagio, mientras que —siendo culpa sólo individual y no publicándose—, su reiteración será mucho más remota o improbable entre quienes la ignoren, que no entre quienes hayan recibido su noticia y la de su castigo, dizque para quedar escarmentados....

XI.—EL DESPERTAR HUMANO

827 Pero entre tanto, —mientras que la elección de mi Intelecto zozobraba, confusa, entre los escollos de estas decisiones contrarias, buquir—, el "calor natural", no encontrando materia en que cebarse —pues su llama (que es llama, al fin, por moderada que sea), inevitablemente consume su pábulo, y aun podríamos decir que lo quemara, siempre que ejercita su actividad—, ya había lentamente transformado los manjares, convirtiendo en suya propia aquella agena substancia; y el bullicioso hervor, que resultaba del encuentro del "húmedo radical" y del alimento), en el maravilloso vaso natural del Estómago; y consiguientemente, los húmedos vapores soporíferos —que subiendo de éste, embarraban el trono racional, el Cerebro, desde donde derramaban a los miembros el dulce entorpecimiento—, consumidos ahora por los suaves ardores del calor, iban ya desatando las cadenas del Sueño. Sintiendo, pues, la falta de nutrición, los extenuados miembros —causados del descandaban: ya muestras de querer moverse, extendiendo poco a poco —todavía medio involuntariamente— los nervios entumecidos, y volviendo de un lado a otro los huesos fatigados por la misma fija postura.

864 Entrabriendo después los ojos, dulcemente impedidos hasta entonces por el beño (o soporífico) natural, los sentidos empezaron a cobrar sus operaciones; y del Cerebro, que así se vió ya libre y desocupado, huyeron los fantasmas —las representaciones nocturnas de la fan- ligero vapor y se trocaran en humo fugaz y en aire invisible... Tal, así, representa pintadas varias figuras, simuladas en la blanca pared; y —guardando en sus temblorosos reflejos las debidas distancias de la docta perspectiva, según sus ciertas medidas confirmadas por reiterados experimentos—, a la sombra fugitiva, que se desvaneció en la claridad, la fingió adornado de todas las dimensiones, por más que ni siquiera sea una real superficie.

XII.—EL TRUENO DEL DÍA

887 ¡tan tanto, el Sol —engendrador ardiente de la luz— reconocía ya próximo el término preñado para acercarse al Oriente (de nuestra longitud), y se despedía de nuestros opuestos Antípodas con sus rayos crepusculares, puesto que para ellos hace su Occidente —con trémulos desmayos de su luz— en el punto mismo en que ilumina nuestro horizonte Oriental. Antes, empero, la hermosa y apacible estrella de Venus —el Lucero matutino— rompió en su primer albor; y la Aurora, la bella esposa del viejo Titión —tal como una Amazona vestida de mil luces, armada en guerra contra la Noche, y a un mismo tiempo hermosa y atrevida, y valiente aunque llorosa (por su vicio)—, mostró su gallarda

DEL SUEÑO

frente, coronada de fulgores matutinos: tierno preludio, pero ya animoso, del llamante Planeta (el Sol), que venía reclutando sus tropas de bisoñas, (o nuevas) vislumbres, y reservando a la retaguardia otras luces más veteranas y fuertes, para lanzarse ya al asalto contra la Noche, que —Tirana usurpadora del imperio del Día— ostentaba por corona el negro laurel de miles de sombras, y con nocturno cetro pavoroso regía las tinieblas; que aun a ella propia le infundían terror.

917 Pero apenas la bella precursora y abandonada del Sol —la misma Aurora, como su adalid y su alférez— tremoló en el Oriente su luminoso pendón, tocando al arma todos los hélicos y a la par dulces clarines de las Aves —diestros, por más que no enseñados, trompeteros sonoros—, cuando la Noche, cobarde como todos los tiranos y perturbada de medrosos recelos —aunque intentó alardear de sus fuerzas, escudándose en su lúgubre capa, y recibiendo en ella las breves heridas de las fulgidas estocadas de la Luz, si bien este su valor fue sólo un burdo pretexto de su cobardía—, conociendo su débil resistencia y ya casi confiando a la sola fuga su salvación, tocó su ronca bocina (o cuerno) para recoger sus negros escuadrones y así poder retirarse en orden, al tiempo en que se vió asaltada por una más vecina plañitud de reflejos, que rayó la punta más encumbrada de los erguidos torreones del Mundo, que son los Montes.

943 Llegó el Sol, en efecto, cerrando el giro de oro que esculpió sobre el azul zafiro del Cielo, formado por mil veces mil puntos y por mil flujos o raudales dorados. Líneas, digo, de clara luz, saltan de su circunferencia luminosa, paulándole al firmamento su plana azul (o sea, llenándolo todo, como las "pautas" en toda la extensión de una hoja de papel rayado); y embestían, atropadas, a la que poco antes fué Tirana funesta de su Imperio, la cual huyendo desordenadamente, en su precipitación, iba pisando su propia sombra, tropezando en sus mismos horrores, y pretendía llegar al Occidente con su desbaratado —y ya caótico— ejército de tinieblas, acosado por la Luz, que le iba al alcance.

958 La fugitiva carrera de la Noche, consiguió, al fin, la vista del Ocaso. —esto es, llegar al borde de nuestro horizonte Occidental—; y recobrada (o vuelta a sus bríos) en su mismo despeñarse hacia el otro lado, y esforzando su aliento por la rabia misma de su derrota, determinina, rebelde por segunda vez, coronarse Reina en esa otra mitad del globo terrestre que el Sol acaba de dejar desamparada. Mas ya, en esto, ilustraba a nuestro Hemisferio la hermosa y áurea melena del mismo Sol: el cual, —con justa luz, fiel al orden distributivo, que da a cada quien lo suyo—, ibales repartiendo sus respectivos colores a las cosas visibles y restituyéndoles entera su actividad a los sentidos extermos, quedando así —con una luz más cierta que la de la Aurora y del Sueño— iluminado el Cosmos a nuestros ojos, y yo despierta.